



Biblioteca Mundial
de la Poesía
UAEMEX



UAEM

Universidad Autónoma
del Estado de México



Compilación de Obras
José María Heredia

© Universidad Autónoma del Estado de México, 2016 Instituto Literario núm. 100,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

El presente texto es un derivado de una obra en dominio público. Recuperado de wikisource:
<https://es.wikisource.org/>

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en <http://ri.uaemex.mx/>



Poesías traducidas Marcelino Menéndez y Pelayo



Poesías traducidas Marcelino Menéndez y Pelayo

Oda primera de Safo

¡Oh tú en cien tronos Afrodita reina,
Hija de Zeus, inmortal, dolosa:
No me acongojes con pesar y tedio
Ruégote, augusta!

Antes acude como en otros días,
Mi voz oyendo y mi encendido ruego;
Por mí dejaste la del padre Jove
Alta morada.

El áureo carro que veloces llevan
Lindos gorriones, sacudiendo el ala,
Al negro suelo, desde el éter puro
Rauda bajaba.

Y tú, oh dichosa, en tu inmortal
semblante, Te sonreías: «¿Para qué
me llamas?

¿Cuál es tu anhelo? ¿qué padeces
hora?»

Me preguntabas.

«¿Arde de nuevo el corazón
inquieta?

¿A quién pretendes enredar en suave
Lazo de amores? ¿Quién tu red evita,
Mísera Safo?



»Que si te huye, tomará a tus brazos,
Y más propicio ofrecerate dones,
Y cuando esquives el ardiente beso,
Querrá besarte.»

Ven, pues, oh Diosa, y mis anhelos cumple,
Liberta al alma de su dura pena;
Cual protectora, en la batalla lidia
Siempre a mi lado.
Santander, 5 de enero de 1875.

Oda segunda de Safo

Igual parece a los eternos Dioses
Quien logra verse frente a ti sentado.
¡Feliz si goza tu palabra suave,
Suave tu risa!

A mí en el pecho el corazón se oprime
Sólo en mirarte; ni la voz acierta
De mi garganta a prorrumpir; y rota
Calla la lengua.

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
Presto discurre; los inciertos ojos
Vagan sin rumbo; los oídos hacen
Ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado;
Pálida quedo cual marchita yerba;
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
Muerta parezco.
Santander, 6 de enero de 1875.



Oda de Erina de Lesbos a la diosa de la fuerza

Hija de Ares, belicosa Fuerza,
Mitra de oro tus cabellos ciñe;
Diosa potente, en la estrellada cumbre
Moras de Olimpo.

Salud, oh reina; concedió a ti sola
Poder inmenso la vetusta Parca,
Para que el cetro universal temido
Rija tu mano.

Y tú encadenas con robustos lazos
Mares y tierras al imperio tuyo,
Y así dominas, de temor segura,
Pueblos y reyes.

El tiempo mismo, que ligero vuela
Y corta el hilo de la humana vida,
No te conmueve, y, al tocarte, exhala
Plácido aliento.

Porque tú sola los varones crías
Armipotentes en la lid sañosa,
Como de espigas Démeter fecunda
Cubre los campos.
Santander, 20 de marzo de 1875.

A Asópico Orcomenio vencedor en el estadio

¡Oh reinas del Cefiso, guardadoras



Del Orcomenio suelo;
Que habitáis las riberas productoras
De los corceles de fogoso vuelo!

Propicias escuchad, Gracias divinas,
Los ecos de mi canto,
Las que amparáis a los antiguos Mynas,
Vírgenes puras de inmortal encanto.

De vosotras proceden soberanos
El bien y la belleza;
Por vosotras se engendra en los humanos
La gloria y el saber y la grandeza.

No sin las Gracias los festivos coros
Rigen los inmortales,
Ni alegre danza y cánticos sonoros
Deleitan las mansiones celestiales.

Las mesas del Olimpo refulgente
Regís vosotras sólo,
Y honor prestáis al Padre Omnipotente
Cabe el asiento del crinado Apolo.

¡Oh tú, Eufrosina, del cantar amante,
Y tú, Aglaya piadosa,
Hijas del Dios del trueno resonante,
Oh Talía, de voz armoniosa,

Mi canto oíd desde el etéreo cielo!
Allá su curso acabe,
Que en pos del triunfador alza su vuelo,
En lídio tono y número süave.



De Asópico celebra la victoria
En Olimpia lograda;
Vosotras concedisteis tanta gloria
Al pueblo Mynio, a la ciudad sagrada.

Tú de Dite traspasa el negro muro,
Oh fama voladora,
Y esta nueva conduce al reino oscuro,
A Cleodamo, que en sus antros mora;

Y le dirás: «Las ramas han ceñido
Del olivo, el dorado
Cabello de tu hijo esclarecido,
De Pisa en el estadio coronado.»

Odas anacreónticas

- | -

-

La cigarra

Dichosa te llamamos,
Cigarra, que en las ramas,
Bebiendo del rocío,
Como los reyes cantas.
Tuyo es el campo todo,
Cuanto la selva abraza;
Del labrador amiga,
A los mortales cara,
Anuncias el estío,

Las Piérides te aman,



Te otorga el mismo Febo
La voz sonora y grata.
¡Oh hija de la tierra!
No la vejez te acaba,
Impasible, sin sangre,
Cantora dulce y sabia,
Semejante a los Dioses,
No del dolor esclava.

- II -

A un disco que representaba a Afrodita, saliendo de la espuma del mar
¿Quién ha grabado el ponto?
¿Quién las cerúleas ondas
En disco estrecho puso
Con arte vencedora?
¿O quién del alto cielo
Al mar trajo la Diosa,
Principio de natura,
Del orbe engendradora?
Desnudo el albo cuerpo,
Cubre una parte sola
Con velo cristalino
El agua pudorosa.
Ella, cual leve musgo,
Corta las blancas olas
Con su nevado cuello,
Con sus pechos de rosa,
Y brilla en la corriente
Cual lirio entre violas.
Tirados por delfines
En las plateadas conchas,
Amores y deseos
Cercan a su señora,



Y el coro de los peces
Sumérgese en las ondas
Jugando con el cuerpo
De la Ciprina Diosa.

-III-

La rosa

En florida primavera
Cantemos la tierna rosa;

Juntos, amada, cantemos.
Ella a las Gracias adorna,
Y con ella se engalana
De los Amores la Diosa,
Es de los Dioses delicia,
De los mortales aroma,
Materia de dulces cantos,
De las Musas flor graciosa.
Dulce es cogerla entre espinas,
Y tocarla quien la corta,
Y aun es más dulce aspirar
El perfume de sus hojas.
Deleite de los convites
Y las dionisiacas copas,
Alegría de las mesas,
Como la luz es la rosa.
De rosa llaman los sabios
A los dedos de la Aurora,
A los brazos de las Ninfas
Y al cuerpo de la Cipriota.
La rosa ahuyenta los males
Y nuestras tumbas decora,



Detiene el curso del tiempo,
Y aún en su vejez hermosa
Guarda la pura fragancia
De juveniles aromas.
Si saber su origen quieres,
Cuando de la espuma roja
Surgiera la alma Afrodita
Entre las cérulas ondas,
Cuando la Atenea Palas,
La diosa guerrera y docta,
Del cerebro de su padre
Brotó, en armas poderosa,
Entonces el rosal primero
La tierra fecunda brota;
Sobre él los dioses derraman
Néctar de celestes copas,
Y pronto se alzó entre espinas
La flor de Baco orgullosa.

- IV -

La yegua de Tracia

(Fragmento)

¿Por qué de mí huyes,
Oh yegua de Tracia,
Y torva la vista

Me miras airada?
¿Que no sé, imaginas,
Oprimir tu espalda,
Ni el freno ponerte,
Guiarte en la marcha?
Verás, por mi mano



La rienda guiada,
Cuál saltas y corres
En torno a la valla.
Hoy libre en el prado
Retozas y vagas;
Jinete que oprima
Tu lomo, te falta.

- V -

A Una doncella

Cual trocose del Frigio en la marina
La Tantálida antigua en piedra dura;
Cual de Tereo la consorte impura
Un tiempo convirtiose en golondrina,

Convirtiérame yo, virgen divina.
En espejo do vieras tu hermosura;
Trocárame en la rica vestidura
Que ciñe tu alba forma peregrina.

Agua quisiera ser para lavarte,
Aroma para ungir tu blando lecho,
Collar que circundase tu garganta,

O cinta que ajustases a tu pecho;
Sandalia quiero ser para calzarte,
Porque me huelle así tu leve planta.

La hechicera Idilio de Teócrito



¿Dónde el laurel está? ¿dónde el encanto?
Quiero hechizar a Delfis que se aleja;
Ciñe la copa con vellón de oveja,
Yo, Testilis, diré mágico canto.

Doce días pasaron; no ha venido,
Ni a la puerta llamó de quien le ama;
Alejose sin duda, que otra llama
Venus y Amor en él han encendido.

De Timageto en la palestra espero
Mañana entre los púgiles hallarle
Y por qué me atormenta preguntarle;
Hora atraerle con encantos quiero.

¡Oh reina de la noche y las estrellas,
Hécate, que en los trivios escondidos
Do resuenan del perro los ladridos,
Negra sanguaza en los sepulcros huellas!

Da a mis hechizos fuerza poderosa,
Cual diste a los de Circe o de Medea,
Como a los de la rubia Perimea.
¡Brille pura tu faz, nocturna Diosa!

(A Testilis.)
Mira cómo esta harina el fuego abrasa,
Derrámala otra vez con golpe lento.
Testilis, ¿dó voló tu pensamiento?
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Atorméntame Delfi en amor ciego,
Vierte la sal, y di: «Lanzo a la llama



Huesos de Delfi.» ¡De laurel la rama
Cuán presto se consume en este fuego!

Como el laurel se abrasará mi amante,
Derritirase cual la blanda cera;
Como rueda en mis manos esta esfera,
Vueltas dará a mi casa el inconstante.
Conduce, oh Yíngx, aquel varón a casa.

Ofrezco hora el salvado... Mas tú, Diana,
Tú que mover podrás a Radamanto,
Nuevo vigor infunde a nuestro encanto.
No fue, Testilis, la plegaria vana.

¿No escuchas de los canes los aullidos?
Ya en los trivios está la negra diosa:
En la taza de bronce misteriosa
Resuenen secos golpes repetidos.
Conduce, oh Yíngx, aquel varón a casa.

Mira tranquilo el mar, el viento en calma,
Mas no el amor de aquél cesa en mi pecho
Que primero ocupó mi casto lecho,
Y con la doncellez llevome el alma.
Conduce, oh Yíngx, aquel varón a casa.

Si se enciende en su amor mujer alguna,
Sea por él, oh diosa, abandonada,
Cual por Teseo Ariadna bien trenzada,
En la playa de Naxos, clara Luna.
Conduce, oh Yíngx, aquel varón a casa.

Con la planta de Arcadia, el Hippomanes,



De amor arden las yeguas corredoras:
Ven, Delfi, del gimnasio donde moras,
Furioso cual los bravos alazanes.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Una fimbria perdió de su vestido;
Lanzarela a la llama misteriosa.
¡Ay amor! cual sanguja cenagosa
Toda mi negra sangre has consumido.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Unge ahora, Testilis, los umbrales
Donde yace mi alma encadenada,
Sea por ti la ceniza derramada;
Mañana le daré zumos fatales.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Sola ya estoy; ¿por dónde la memoria
De mi perdido amor y eterno llanto
Comenzaré? ¿por dónde el triste canto?
Escucha, oh Luna de mi amor la historia.

Anaxo, la de Eubolo, Canefora,
Llevando vino la sagrada cesta
Al bosque umbrío, en la solemne fiesta
De la gallarda diosa cazadora.

Sonaban de las fieras los aullidos;
Una leona, entre ellas, africana,
De la sacerdotisa de Diana
Tocaba con su lengua los vestidos.

No lejos de mis puertas habitaba
Entonces la traciana Teucariza,



La de dulce memoria, mi nodriza,
Y a ver la sacra pompa me llamaba.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Tomé de Clearista el rico velo,
Vestí la blanca túnica de lino
Seguí a mi ama: en medio del camino
Vi a Delfis y a Eudamipo por mi duelo.

Cubierto de sudor, de la importuna
Liza tomaba el fatigado mozo;
Más rojo que Eliocrisio era su bozo,
Más brillante su pecho que la Luna.

¡Mísera! ¡cuál quedé! Luego del pecho
El fiero amor apoderose todo;
Ni vi la fiesta ni encontraba modo
De tornar a mi casa y a mi lecho.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Doce días en él yací doliente;
Ya mi color al tapso semejaba;
Huesos, tan sólo, el cutis encerraba;
Perdí el cabello, adorno de mi frente.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

¿Qué Dioses no invoqué? ¿De qué hechicera
No recurrí a los pérfidos encantos?
Mas no encontré remedio a males tantos;
Pasó el tiempo fugaz, no mi quimera.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Al fin llamé a Testilis, y le dije:
«El mindio Delfis en amor me abrasa;



Ve y observa no lejos de esta casa
Do Timageto la palestra rige.

»Allí suele venir; hazle una cierta
Señal que él solo entienda, y di: «Te ama
Simeta: ven a casa de mi ama...»
Y entró el hermoso Delfis por mi puerta.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Cuando pisó mi umbral, quedé turbada
Y muy más fría que la pura nieve;
Luego bañó mi frente un sudor leve
Cual escarcha del Austro congelada.

Ni pude hablar, cual niño ternezuelo
Que, en sueños, a su madre ver desea,
Y llamando a su madre balbucea;
Mi cuerpo endureciöse como un hielo.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Entonces me miró, bajó los ojos,
Sentose sobre el lecho; y así dijo:
«Cual yo a Fileno en el correr prolijo
Me adelanté, ganando los despojos,

»Tal, oh Simeta, a mí te adelantaste
Llamándome a tu casa; yo viniera,
Lo juro por la diosa de Citera,
Pero tú mi venida apresuraste.

»Viniera a ti, de amigos rodeado,
Trayéndote de Baco las manzanas,
Con el fresco rocío más lozanas,
Del álamo de Alcides coronado.



»Gallardo soy y fuerte entre los mozos;
Si alcanzara de ti tan sólo un beso
Y en tu labio dejar mi labio impreso,
No anhelara, mi bien, mayores gozos;

»Pero si senda no encontrase abierta,
Con el hierro y el fuego la buscara,
Y teas y segures aprestara
Para allanar la mal cerrada puerta.

»Gracias doy a Afrodita la cipriada,
Y a ti también las doy, señora mía,
Pues del fuego voraz que me encendía
Me salvaste, Simeta, enamorada.

»Cuando oí de tu sierva el blando ruego,
Casi abrasado estaba por la llama,
Pues al ardor intenso de quien ama
De los liparios hornos cede el fuego.

»Por el amor con paso vacilante
Se levanta la tímida doncella,
Y el tálamo abandona esposa bella
Con el beso nupcial aun palpitante.»

Esto me dijo, y yo llegueme al lecho;
Que es fácil en creer doncella que ama.

.....

.....

¿Por qué cansarte más, amada Luna?
Al término llegamos del deseo;



Día tras día en mi mansión le veo,
Pero trocose luego mi fortuna.

Hoy, cuando apenas la rosada Aurora,
Dejando del Océano la arena,
Del cielo azul por la extensión serena
Guiaba su cuadriga voladora,

La madre de Filisto me decía,
La que tañe la flauta en mis jardines:
«Delfis tiene otra amada; en los festines
Brinda a su amor con báquica alegría.

»tiene el estadio de coronas lleno
No sé de quién, mas vive enamorado;
Tus caricias por siempre ha abandonado:
Orna de flores el umbral ajeno.»

Y la verdad me dijo, pues mi amante,
Que antes mis puertas sin cesar pasaba,
Y, por volver de nuevo, me dejaba
Siempre la copa dórica brillante,

No en doce días a mi puerta llama;
A otra ofrece tal vez flores y cantos;
Yo le atraeré con mágicos encantos,
Si le prendió de amores nueva llama.

Y al Orco lanzaré su alma mezquina,
Si afligiéndome sigue, emponzoñado
Con el jugo letal que me ha enseñado
La hechicera de Asiria peregrina.

Adiós, oh reina de velada frente,



Dirige al Océano tu cuadriga,
Y al carro ebúrneo de la noche siga
El coro de los astros refulgente.
Santander, 30 de agosto de 1875.

Idilio de Bión a la muerte de Adonis

A Adonis lloro; falleciera Adonis,
El bello Adonis; los Amores lloran.
No más, oh Cipria, en los purpúreos velos
Ya te reclines, mas de negro luto
Cubierta, desdichada, alzarte debes,
Golpear tu seno y repetir a todos
En ronca voz: «Murió el hermoso Adonis.»
Lamento a Adonis; los Amores lloran.

Yace en los montes el hermoso Adonis,
Herido por el diente el blanco muslo,
Muslo más blanco que el ebúrneo diente.
Cipria recoge su postrer aliento.
De los nevados miembros se desliza

La negra sangre; ya sus ojos cubre
Sombra de muerte; sus mejillas deja
La blanca rosa, y el ardiente beso
También muere con él, que no Ciprina
Olvidará; pues siempre el beso es grato
Aun de los muertos labios recogido.
Mas no le goza Adonis; moribundo
No vio cómo Citeres le besaba.
Lamento a Adonis; los Amores lloran.

Atroz herida el muslo ha traspasado



Del bello Adonis; otra más profunda
Lleva en su corazón la alma Citeres,
En torno al cazador sus fieles perros
Lanzaron de dolor tristes aullidos,
Y las Ninfas oréadas lloraban.
Afrodita, el cabello destrenzado,
El peplo roto y sin sandalia, corre
Por las opacas selvas; las espinas
Hieren su pie, se tiñen en su sangre.
Gimiendo en altas voces al mancebo
Asirio llama por los valles hondos,
De esposo repitiendo el dulce nombre.
Brotó la sangre del herido muslo
De Adonis, y tiñendo los costados,
Trueca en purpúreo su color de nieve.
Lloran, ¡ay Cítarea! los Amores;
Perdió el varón hermoso y la belleza;
Hermosa fue mientras viviera Adonis,
Mas perdió con Adonis la hermosura.
¡Ay! ¡ay! resuenan las montañas todas,
Adonis, ¡ay! repiten las encinas,
Y el dolor acompañan de Citeres
Los sacros ríos, las montañas fuentes;
La flor se tiñe de color sanguíneo,
Y en tanto en las ciudades y en los campos
Alza Ciprina lúgubres cantares.
¡Ay, Citeres! murió el hermoso Adonis.
Murió el hermoso Adonis, dice el eco.

¿Quién, ¡ay! el triste amor no lloraría
De la Cipria infeliz? Cuando hubo visto
La cruda herida de su caro Adonis
Y la sangre del muslo destrozado,
Los brazos extendiendo, así decía:



«Detente un punto, desdichado Adonis;
Quiero abrazarte y por la vez postrera
Quiero enlazar tus labios con los míos.
Levanta la cabeza un punto solo,
Bésame en tanto que te dure el beso,

Corra desde tu pecho hasta mi boca
Y penetre tu aliento en mis entrañas,
Para embriagarme con tan dulce filtro;
Yo beberé tu amor, y el postrer beso
Conservaré, como guardar pudiera
Al mismo Adonis. Pero tú, cuitado,
Huyes de mí muy lejos, ¡ay, Adonis!
Desciendes a Aqueronte, a la morada
Del negro rey, del implacable Dite;
Y yo, infeliz, soy diosa, yo no puedo
A la infernal mansión seguir tu paso.
A mi esposo recibe, Persefone,
Tú más feliz que yo; toda belleza
A tu reino descende; las desdichas
Todas vinieron sobre mí; lamento
Al muerto Adonis, y temor, oh diosa,
También me aqueja de que tú le ames.
Yaces, varón dulcísimo; cual sueño
Se deslizó mi amor; abandonada
Queda Citeres; despreciados quedan
En los altos palacios los Amores;
Peció con Adonis el áureo cinto.
¿Por qué, hermoso, la caza perseguías
Y a las hambrientas fieras acosabas?»
Tal se lamenta Cipria; los Amores
Repiten: falleció el hermoso Adonis.»
Tanto de lloro Pafia derramaba
Cuanto de sangre Adonis; de la tierra



Flores brotaron; la encendida rosa
De la sangre, del llanto la anemone.
Lamento a Adonis; los Amores lloran.

No más lamentos al perdido esposo
¡Oh Cipria! en las montañas, que ya Adonis
Yace en frondoso y regalado lecho;
Aún ocupa tu lecho el muerto Adonis.
Bello, aunque muerto, descansar parece
En apacible sueño; ponle ahora
En los ricos tapices, en las telas
De oro labradas, do contigo, Cipria,
De noche disfrutó dulce reposo.
Ámale aún, y con guirnaldas ciñe
Su sien, de flores mil entretajadas,
Todas marchitas desde que él muriera.
Cúbrole de arrayán, de mirra baña
Y arábigos ungüentos su cadáver.
Todo aroma perezca, que el perfume
De sus labios también se ha disipado.

Descansa Adonis en purpúrea alfombra;

Rodéanle llorando los Amores;
Por Adonis cortaron sus cabellos;
Uno el arco destroza otro la aljaba,
Otro rompe las flechas voladoras,
Quién desata de Adonis el calzado,
Quién el agua conduce en vasos de oro,
Quién los muslos le lava o con las alas
Infundirle pretende aliento nuevo.
Lloran, ay Citerea, los Amores.



Su antorcha apaga en el umbral Himene,
Desteje y lanza la nupcial corona;
Ya no resonará su alegre canto;
Ay, ay, repetirase solamente,
Ay, Adonis y aun más, ay, Himeneo,
Lloran las Gracias de Cinira al hijo,
Y repiten: «Murió el hermoso Adonis»
Con lamento mayor que el de Ciprina.

A Adonis llaman las sagradas Musas,
Y escucharlas quisiera, mas no puede,
Porque no se lo otorga Persefona.
Termina el largo lloro, Cítarea,
Alégrate en convites, que otro año
Tornarás al dolor, bella Afrodita.
Santander, 28 de octubre de 1875.

Idilio de Mosco a La muerte de Bión

Traducido del griego

Lamentad a Bión, valles sombríos;
Lloren las plantas, y la selva llore,
Y las Dóricas fuentes y los ríos.

En su tallo la flor se descolore;
A la amapola y encendida rosa
Más sombría la púrpura decore,

Y repita el jacinto la llorosa
Doble letra que siempre escrita lleva,
Murmurando el ay, ay en voz quejosa.

Murió Bión, el de divino canto;



Sículas Musas, comenzad el llanto.

Ruiseñores que en densas enramadas
También os lamentáis en voz confusa,
Anunciad a las aguas veneradas

De la sícula fuente de Aretusa,
Que el boyero Bión ha fenecido
Y con él la dulzura y doria Musa.

Cisnes del Estrimón, blando gemido
En vuestras ondas dad, triste armonía
Que semeje a su canto dolorido.

Decid a las doncellas de Eagía
Y a las ninfas de Tracia: «El dorio Orfeo
Ya duerme el sueño de la muerte fría.»
Sículas Musas, comenzad el llanto.

Este pastor a los rebaños caro
No canta ya so la robusta encina,
Sino en el reino de Plutón avaro,

Ni el monte llena su canción divina;
Angústiase la vaca mugidora,
Y se olvida del pasto la mezquina.

El Sátiro doliente, el Fauno llora
Tu arrebatada muerte; el mismo Febo
En negra veste envuelto, la deplora.

Las Ninfas de las fuentes al mancebo
Lloran también; en agua se convierte
Su triste lloro, y con quebranto nuevo



Lágrimas Eco en los peñascos vierte
Porque no más remedará tu canto
En las hondas cavernas. Con tu muerte

Perdió el vergel sus frutos y su encanto,
Marchitose la flor, y en blandas quejas
Las aves expresaron su quebranto;

Faltó la dulce leche a las ovejas
Y perdido el dulzor de tus cantares,
No ya la miel fabrican las abejas.
El llanto comenzad, sículas Musas.

No gime así Delfín en la marina,
Ni ruiñeñor en la enramada oscura,
Ni suspira en los montes golondrina,

Ni Ceix de Alcyón la desventura
Tal lamentó, ni en el extremo Oriente
El ave de Memnón, la sepultura

Del hijo de la Aurora refulgente
Guardando, así le llora, como al triste
Bión lloró la campesina gente.
El llanto comenzad, sículas Musas.

Llorole el ruiñeñor; la golondrina,
Cuyo canto armonioso él acordaba,
En las ramas posada de la encina,

Junto con sus hermanas le lloraba,
Y con tiernos gemidos la paloma
A sus dolientes ayes replicaba.



El llanto comenzad, sículas Musas.

¿Y qué varón en los cantares sabio
Podrá tañer tu flauta resonante
Ni a sus reclamos aplicar el labio?

Eco busca en sus cañas anhelante
El último sonido; impreso queda
Tu aliento allí, tu labio palpitante.

A Pan la ofreceré; quizá no pueda
Tañerla en pos de ti, pues temería
Que tu canto mortal al suyo exceda.
El llanto comenzad, sículas Musas.

No a la hermosa nereida Galatea,
En la marina playa recostada,
Tu melodiosa voz ora recrea.

No cual la del Ciclope desamada
Fue por ella tu voz; blanda te oía,
Del piélago la frente levantada.

A ti buscaba, del Ciclope huía,
Hoy triste vaga en la desierta arena
Y su vacada en las riberas guía.
El llanto comenzad, sículas Musas.

Contigo de las Piérides doncellas
Los dones perecieron, los ardientes
Labios, el dulce beso de las bellas.

En torno de tu túmulo dolientes
Van los Amores; te ama Citerea



Más que al beso en los labios fallecientes

Del moribundo Adonis. Éste sea

Nuevo dolor a ti, nuevo quebranto,
Oh Meles, cuya onda se recrea

Con el concierto de armonioso canto;
Perdiste a tu inmortal hijo primero
Aquel de Caliope dulce encanto;

Y es fama que lloraste por Homero
Más copiosas haciendo tus corrientes,
Llenando el mar tu acento lastimero.

Hoy tornas a gemir; de nuevo sientes
La pérdida de un hijo dolorosa,
Ambos amados de las sacras fuentes

Uno bebió en la onda armoniosa
De la Pegasia cumbre, otro en la pura
Corriente de Aretusa sonora.

Uno cantó de Helena la hermosura
Y al fiero Menelao, hijo de Atreo,
Y del doncel de Tetis la bravura.

No celebró Bión al de Peleo,
Sino los besos de la edad florida,
El suave amor, el juvenil deseo.

Por él la leve flauta fue tañida;
Cantaba a Pan, mientras al prado ameno



Era por él la vaca conducida.

Nunca de amores encontrose ajeno,
Y amado fue de la ciprina diosa
Porque el placer alimentó en su seno.
El llanto comenzad, sículas Musas.

Toda ciudad, Bión, tu muerte llora,
Más que a Hesiodo te recuerda Ascrea,
Más que a Píndaro Tebas te deplora.

No a Simónides tanto lloró Cea,
De Safo el himno Mitilene olvida,
Más que a Arquíloco Paros te desea.

En canción los pastores dolorida
También repiten tu funesta suerte,
Tú, claro honor de Samos, Sicelida,

Tú, Lícidas, también; un tiempo el verte
Contento a los cidonios infundía,

Hoy triste lloras de Bión la muerte.

Fileta en las ciudades de Triopía
Gime también cabe el undoso Alento,
Y en Sicilia la lúgubre armonía

Resuena de Teócrito. En acento
De pastoril dolor, de ausonio llanto,
Yo discípulo tuyo te lamento.

Cual don postrero con el dulce encanto



De las dóricas Musas nos ornaste;
Otro heredó tu hacienda, yo tu canto.
El lloro comenzad, sículas Musas.

¡Ah! si en el huerto planta florecida
Del apio, verde eneldo o malva mueren,
Otro año tomarán a nueva vida;

Pero los hombres, aunque sabios fueren,
Grandes y fuertes, cuando ya finaron,
No de aquel sueño despertar esperen,

Si en la cóncava tierra descansaron.
Tú dormirás también, sombra sagrada,
Con los altos varones que pasaron;

Y si a las Ninfas el cantar agrada
De la estridente rana, no le envidio,
Que no es dulce su voz ni es acordada.
El llanto comenzad, sículas Musas.

¿Qué hombre cruel, de compasión ajeno,
Vertió en tu dulce boca la amargura?
¿No endulzaron tus labios el veneno?

¿Quién acercar osó la copa impura?
¿Quién la ponzoña derramó en el vaso?
¿No oyó de tus cantares la dulzura?
El llanto comenzad, sículas Musas.

Mas a todos llegó justo castigo;
Yo en medio de este duelo lamentable,
En canto funeral, tu muerte digo.



Si luchando con fuerza incontrastable,
Penetrar, cual Alcides, consiguiera
Al reino de Plutón inexorable,

Como Ulises y Orfeo descendiera

A la infemal mansión del negro Dite,
Y entre las sombras tu cantar oyera.

A la reina Perséfone repite
Un tono pastoril, Siracusano,
Que al de la playa de Sicilia imite.

Que ella también del Etna siciliano
Los dorios tonos escuchar solía.
Premio tendrá tu canto soberano.

Quizá tornar a la montaña umbría
La diosa, al escuchar, te concediera,
Y si mi canto algún poder tuviera,
Yo en los infiernos mismos cantaríá.
Santander, 5 de noviembre de 1876.

Paráfrasis de una oda teológica de Sinesio de Cirene obispo de
Tolemaida

Ven, septicorde lira,
Que un tiempo resonabas
Cual la Lesbiana que de amor suspira,
Y leve acompañabas
Himnos de Teos que el placer inspira.

En dorio canto ahora



Ensalce tu voz grave
No a bellas de sonrisa halagadora,
Ni la lazada suave
Que une al mancebo y la mujer que adora;

Sino aquella luz pura,
Aquella eterna fuente
De do mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.

Huyo de la falacia
De profanos amores,
Por el eterno amor que nunca sacia;
De mundanos loores,
Por el divino aliento de la gracia.

¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los altos reyes el tesoro,

O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?

La cuadriga ligera,
Cual flecha voladora
Dirija el uno en rápida carrera;
Otro su cabellera
Sobre los hombros muestre brilladora;

Celebren su belleza
las jóvenes, los mozos;
Otro, avaro, persiga la riqueza,
Que yo tengo mis gozos



En penetrar la soberana alteza.

En vida silenciosa
Quiero vivir y oscura,
Sin el eco de fama vagarosa,
Y ver con mente pura
Las obras de la mano poderosa.

¡Ven, oh sabiduría,
Más que el oro preciada,
Que la luz brotas que al mancebo guía
Y en la áspera jornada
Vigor das al anciano y energía!

Ya la cigarra bebe
El matinal rocío,
Y alegre canta sobre rama leve;
Sonar la lira debe,
¿Quién ha de producir el canto mío?

Las cuerdas se estremecen
Y dulce voz resuena...
Los sacros himnos a mi Dios empiecen...
Él los espacios llena,
En él comienzan y por él fenecen.

Y toda criatura
Que habita el ancho suelo
Salió por él de la tiniebla oscura;
Velado en lumbre pura,
Mora el Señor en la amplitud del cielo.

La Unidad increada,
La simbólica esfera,



La causa de las causas no engendada,
La Mónada primera
Se halla en triple poder multiplicada.

En haces dividida
La luz, ya se condensa,
Ya en triple rayo tiéndese esparcida,
Y sin cesar, inmensa,
Brotó del puro centro de la vida.

Alma mía, detente;
Los celestes arcanos
No es justo revelar a la impía gente;
Deja el cielo eminente,
Oculta sus misterios soberanos.

Mas sólo en ideales
Mundos reposa el alma,
Sin vagos pensamientos terrenales,
Y su anhelar se calma
Tan sólo en las esferas celestiales.
Allí brotó la llama
Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.

El alma decaída
Divina semejanza
Conserva siempre a la materia unida,
Y guarda la esperanza
De tomar a la fuente de su vida.

De la divina esencia



Partícula es la mente,
Reflejo de la pura inteligencia
Que doquiera presente
Reanima y vivifica la existencia.

Emanación del cielo,
Cuando el mundo dirige,
Del ángel toma el transparente velo,
Y fecundiza el suelo
O el curso errante de los astros rige.

Pero la pura idea
A veces encarnada
En la materia yace que la afea,
Y vive encadenada
En la triste mansión y onda Letea.

Mas siempre a nuestros ojos
Remota luz fulgura;

El alma siente aquí vagos enojos;
Sedienta de ventura,
Quiere dejar los míseros despojos.

A lo infinito tiende
Por una oculta fuerza,
Cuando la nada de la tierra entiende,
Y sin que el rumbo tuerza,
Místico vuelo los espacios hiende.

¡Feliz, rayo divino,
Si rota la atadura
Que al bajo mundo te enlazó mezquino,
Cumplido tu destino,



Puedes volver a la celeste altura!

¡Dichoso si, aún viviendo
Del cielo desterrado,
Vas los terrestres lazos sacudiendo,
Y en amor inflamado
De Dios las maravillas conociendo!

El ansia vehemente
De verdad escondida
Dé alas al espíritu potente,
Y radiará fulgente
Lumbre del trono de Jehová vertida.

Tu curso peregrino
Dirigirá su mano
Con rayo precursor en tu camino,
Y mostrará divino
El foco de belleza soberano.

Valor, pues, alma mía;
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia saciarás un día;
Por alcanzar porfía
Del cielo las moradas esplendentes.

De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver, humana inteligencia,
Con místicos abrazos
A confundirte en la divina esencia.
Santander, 8 de septiembre de 1875.

Invocación del poema de Lucrecio De Rerum Natura



Alma Afrodita, del Romano madre,
Deleite de los hombres y los dioses,
Que haces fecundo el mar de naves lleno,
Y el suelo colmas de preciados frutos:
Por ti todo animal es concebido
Y a la lumbre solar abre sus ojos;
Vientos y nubes tu presencia esquivan,
Flores te rinde la dedalca tierra;
A ti las olas de la mar sonrén,
Y en más puro esplendor bañas el Cielo,
Pues apenas la alegre primavera
De nuevo trae sus halagüeños días,
Y recobra su anhélito fecundo
El aura de Favonio engendradora,
De amor heridas las volantes aves
Te anuncian, Diosa, en armoniosos cantos;
Salta en los pastos mugidor el toro
Y en pos de la novilla enardecido
Se lanza a rapidísima corriente.
Toda especie animal presa en tus lazos
Sigue veloz el curso que la traces,
Y en montes, mares, desbordados ríos,
En verdes campos, en frondosos bosques,
Haces, de amor hiriendo todo pecho,
Que las generaciones se propaguen.

Sola el imperio de natura riges,
Sola los seres sin cesar produces;
Nada nace sin ti, nada se engendra,
Ni es nada alegre ni gracioso nada.

Tú, pues, benigna, mi cantar inspira;
Tú me revela el natural arcano.
¡Logre la ciencia iluminar a Memmio,



A quien tú, Diosa, con celestes dones
Ornaste siempre! Eterna gracia dame
Y nueva vida infunde a mis acentos.
Descansen en la tierra, mientras canto,
Descansen en el mar las roncas armas.

Tú sola conceder a los mortales
Puedes la dulce paz; rige la liza
El sanguinario Marte armipotente,
Que tal vez al Amor rinde su cuello,
Y busca y ciñe tus hermosos brazos,
Dobla en tu seno la cerviz enhiesta
Y en ti fija insaciable la mirada,
Sin respirar, pendiente de tus labios.
Mientras tus sacros miembros le sostienen,

Inclínate hacia él, y en voz melosa

La dulce persuasión vierte en su alma;
Pídele paz para el romano pueblo,
Pues ni puedo cantar en la tormenta
Que a mi patria infeliz aflige tanto,
Ni abandonarla en tal peligro debe
De Memmio la preclara descendencia.

Libre un momento, Memmio, de cuidados
Con atención escucha mis razones;
Entiéndelas primero que desprecies
Mi ofrenda largamente elaborada.
Yo cantaré el sistema de los cielos,
La razón de los dioses, el principio
De todo ser de do Natura crea
Y acrece y alimenta toda cosa,
Cómo sus formas sin cesar destruye,



Qué es cuerpo engendrador, qué es la materia,
Qué son principios o átomos primeros
De donde todo ser ha procedido.

Porque en perpetua paz inalterable
De su inmortalidad gozan los dioses
Lejos del mundo nuestro y sus dolores,
Exentos de temor y de peligro,
Y por su propia esencia poderosos,
Sin que les rinda la virtud humana,
Ni el crimen llegue a provocar su ira.
Cuando oprimió la tierra el fanatismo,
Que alzando su cabeza entre las nubes
Al tímido mortal amenazaba
Con aspecto feroz, un varón griego
En él osó clavar mortales ojos.
No le aterró la fama de los dioses,
Ni el rayo de las nubes descendido,
Ni la mugiente voz del ronco trueno;
Antes ardiendo su ánimo invencible
En vivo anhelo de romper las puertas
Del alcázar cerrado de Natura,
Con gigantesco paso veloz corre
Más allá de los muros inflamados
Del mundo; con su mente soberana
Cruzó la inmensidad, y victorioso
Supo el misterio al fin de la existencia,
Cómo pueden nacer todos los seres,
Cómo su esencia a su poder limita.
Él vio a sus plantas el error hollado.
¡Nos iguala a los dioses la victoria!

Mas temo, caro Menunio, que me acuses



Porque de la impiedad trazo el camino;
Tal vez recelarás que al crimen lleve
La afirmación valiente de Epicuro.
Por el contrario, religión mentida
¡A cuánto de maldad abrió la puerta!
Recuerda cuando en Áulide tiñeron
De Diana el ara en sangre de Ifigenia
Los reyes de los griegos conjurados,
La flor de los guerreros de la Acaya.
Cuando ceñidos con nupciales vendas,
Que por ambas mejillas descendían,
De la virgen hermosa, los cabellos,
Triste a su padre vio junto a las aras,
Vio al sacrificador que el hierro esconde
Y al pueblo en tomo, en lágrimas bañado.
De espanto muda, la rodilla en tierra
Cual suplicante, ¿para qué sirviola
Al rey de reyes dar nombre de padre?
Por varoniles manos arrastrada
Trémula al ara fue, no cual debiera
En la sagrada pompa de Himeneo,
Sino doncella, en el feliz instante
En que iba Amor a desatar su zona,
Fue por su padre víctima inmolada
Para a las naves dar viento propicio.
¡Tanta maldad la religión persuade!
Santander, 11 de enero de 1876.

Epitalamio de Julia y Manlio de Catulo

Collis oh Heliconei
Cultor, Uraniaë genus...



Hijo sublime de la diva Urania,
Habitador de la Heliconia cumbre,
Tú que al esposo con eterno lazo
Unes la virgen,

Ciñe tus sienes con hermosas flores
Del amaranto y oloroso mirto;
Cálzate el zueco, y tu semblante cubra
Flámeo sagrado.

Mira propicio nuestra alegre fiesta,
Suene tu lira los nupciales himnos,
Pulsa la tierra y con la mano agita
Fúlgida tea.

Une en buen hora al venturoso Manlio

Con Julia, igual a la Ciprina Diosa,
Cuando sin velo en los Idalios bosques
Viérala el Frigio;

Igual al mirto de floridas ramas
Que en Asia nutren las agrestes ninfas,
En él vertiendo sus undosas trenzas
Tibio rocío.

Deja, Himeneo, las Aonias grutas
Deja de Tespia las alzadas rocas,
Que baña en fresca y vagarosa linfa
Sacra Aganipe.

Y fausto guía a la nupcial morada
Virgen que anhela el prometido esposo;



Únase al joven, como a roble erguido
Hiedra lozana.

Las dulces ansias del amor primero,
Castas doncellas, sentiréis un día;
Decid ahora en jubiloso canto:
«Io, Himeneo.»

Para que oyendo repetir su nombre,
Venga a la fiesta el sacrosanto numen
Enlazador de conyugal ventura,
Padre de amores.

¿Qué otra deidad en su ferviente ruego
Puede invocar el más rendido amante?
¿Quién como tú de los celestes dioses,
Io, Himeneo?

A ti te invoca por sus hijos caros
Padre que siente su cercana muerte;
Por ti desata la vedada zona
Tímida, virgen.

Tú la doncella en tierna edad florida
Del gremio arrancas de su madre triste;
La das al joven que su amor desea,
«Io, Himeneo.»

Nunca sin ti la poderosa Venus
Placer honesto a conceder alcanza.
¿Quién a ti sólo entre los dioses todos
Puede igualarse?

Tierra que no alce a tu deidad altares



No dará jueces ni temidos reyes.
¿Quién a ti sólo entre los Dioses todos
Puede igualarse?

Nunca sin ti la soberana stirpe
Crece y se extiende hasta la edad remota.
¿Quién a ti sólo entre los dioses todos
Puede igualarse?

Abran las puertas sus pesadas hojas...
Llega la virgen... Las antorchas sacras
Llama despiden rutilante y pura...
Reina la noche.

Guíe el pudor tu vacilante paso;
Tímida llora, al traspasar la puerta;
Ven, nueva esposa, que su velo tiende
Noche sagrada.

No empañe el llanto tus hermosos ojos;
¡Que nunca vea de Hiperión el hijo
Mujer más bella en su triunfal carrera
Hacia el Ocaso!

Tal el jacinto entre las flores brilla
De rico dueño en el jardín ameno:
Ven, desposada, que la sacra noche
Tiende su manto.

Ven, desposada, nuestras voces oye,
Mira agitarse las nupciales teas;
Ven, desposada, que la sacra noche
Tiende su manto.



Nunca al esposo de tu dulce gremio
Amor separe de mujer extraña,
Antes cual tronco que la vid estrecha,
Busque tus brazos.

Alzad, mancebos, fúlgidas antorchas;
Ved cuál conducen los nupciales flámeos
Y de Himeneo en acordadas voces
Resuene el canto.

Y de Fescennia los alegres versos
La fiesta animan con punzante risa;
Corren veloces a coger las nueces
Tiernos muchachos.

.....

Mira, doncella, la marmórea casa,

Feliz morada de tu esposo agosto;
Tuya ha de ser hasta la edad postrera;
«lo, Himeneo.»

Hasta que traiga el vagaroso tiempo
Cana vejez que lo consume todo,
Gloria destruye y hermosura borra,
«lo, Himeneo.»

Con buen agüero los umbrales pasa,
Tierna doncella de los pies ligeros,
Y, al acercarte, sus pesadas hojas
Abran las puertas.

¡Cuál te contempla con mirada amante
Tu noble esposo desde el tirio lecho!
«lo, Himeneo», pronunciamos todos,



«lo, Himeneo.»

Él se consume con la misma llama
Que a ti te abrasa; pretextado joven,
Toma del brazo a ruborosa virgen,
«lo, Himeneo.»

Y las matronas por la edad augustas,
Las univiras, del pudor dechado,
Coloquen luego en el preciado tálamo
Tímida esposa.

Ven, oh mancebo; ya en tu lecho yace
Tierna consorte cual las flores bella;
No se le igualan azucena blanca,
Roja amapola.

Mas no le cede en varonil belleza
Manlio, tan grato a la ciprina Venus;
Ella le ayude, pues su llama honesta
Nunca ocultara.

¿Quién contar puede los amantes besos?
Más bien del circo las arenas cuente,
Cuenta los astros que el nocturno manto
Bordan errantes.

No se interrumpan vuestros dulces juegos;
Nunca tan alta y generosa estirpe
Quede sin hijos; vuestro nombre ensalce
Clara progenie.



Y algún Torcuato pequeñuelo tienda

Los tiernos brazos a su padre amado;
Con dulce risa y entreabierta boca
Bese a su madre.

Al ver su rostro majestuoso, altivo,
Hijo es de Manlio, clamarán cien voces,
Hijo es de Julia, que el pudor materno
Brilla en sus ojos.

Y por la fama de su madre casta
Será ensalzado su glorioso nombre,
Cual por la suya el Itacense claro,
Hijo de Ulises.

Virgenes cierren las bronceadas puertas,
Harto jugamos; jóvenes esposos,
Felices sed, de vuestro amor gozando
Mutuas caricias.
Santander, 2 de julio de 1875.

De Catulo al sepulcro de su hermano
Multas per gentes et multa per æquora vectus

Por muchas tierras y diversos mares
A merced de los vientos conducido,
Vengo, oh hermano, a tu sepulcro triste
A darte de la muerte el don postrero
Y hablar en vano a tu ceniza fría.
Cruda la suerte te arrancó a mi lado,
Miseramente arrebatado fuiste.
Hora recibe por antiguo rito,



Que los amados padres nos legaron,
Dolorosas ofrendas funerales
Bañadas con el llanto de mis ojos,
Y adiós por siempre, dulce hermano, queda.
Santander, 3 de julio de 1875.

Canto secular de Horacio
Phoebe, sylvarumque potens Diana...

¡Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oídnos!

Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan
Vírgenes castas y selectos niños
A las deidades que los siete montes

Miran propicias.

¡Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo, sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Ilitia diestra, con amor protege,
El nombre ya de Genital prefieras,
Ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que a la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda



Nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
juntad propicias a los ya adquiridos,
Bienes mayores.

Rica la Tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga;
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras süaves.

Piadoso atiende a los orantes niños;
Oculta, Apolo, en el carcaj la flecha;
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne.

Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano
Para fundar en la ribera etrusca
Nuevas ciudades;

Si entre las ruinas del Ilión ardido,
Sobreviviendo a la assolada patria,
De nueva gloria señalara Eneas
Libre camino;

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor a la Romúlea gente,



Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquises y de Venus nieto,
Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado.

En mar y tierras su poder extiende,
El Medo tiembla a la segur Albana,
Y paz el indio domeñado pide,
Paz el Escita:

Que fe y honor y castidad retornan
Y la virtud, que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Camenas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,

Mira propicio el Palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,
Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diana que en Algido mora,
Y de los niños a los cantos preste
Fácil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue
Y que confirmen los celestes dioses;



Tornad a casa los que ya entonasteis
Himno sagrado.
Santander, mayo de 1876.

Oda XII del libro I de Horacio Quem virum aut heroa

¿A qué varón ensalzará tu lira?
¿A qué deidad tu cítara dorada,
Para que el eco de su nombre suene,
Musa divina,

O de Helicón en los umbrosos bosques,
O sobre el Pindo y en el Hemo frío,
Donde las selvas a la voz de Orfeo
Raudas giraron?

Él con el arte de su madre para
Rápidos ríos, voladores vientos,
Y enajenadas tras sus dulces sonos
Van las encinas.

¿A quién primero celebrar que al Padre,
De hombres y dioses al monarca agosto,
Que cielo y tierra y las fugaces horas
Próvido rige?

Nada al Tonante en dignidad excede,
Nada se iguala a su divina alteza,
Tras él obtiene la guerrera Palas
Nuevos honores.

Ni a Baco olvido en las batallas fuerte,



Ni a ti, doncella pavorosa a fieras,
Ni a ti temible por certero dardo,
Claro Timbreo.

Diré de Alcides y los dos insignes,
Uno en la lid, en la carrera el otro,
Que, blanca estrella, al navegante guían,
Hijos de Leda.

Así que brilla su divina lumbre,
Fluyen la rocas agitada espuma,
Huyen las nubes y los vientos callan,
Callan las ondas.

¿Diré tras esto al fundador Quirino,
La paz de Numa, las Tarquinias fascas
O de Catón el de Útica la noble
Muerte gloriosa?

Nombre en su canto la guerrera musa
A Escauro fiero, a Régulo constante,
Pródigo a Paulo de su heroica vida,
Fuerte a Fabricio.

Nombre a Camilo y al intonso Curio,
Rayo en la lid, que en áspera pobreza,
Campos humildes y paternos lares
Sólo habitaron.

Como árbol sube que callado crece
Marcelo en fama, y el planeta Julio
Brilla, cual suele entre menores lumbres
Cándida luna.



Padre y custodio de la humana gente,
Jove Saturnio, a quien velar por César
Dieron los hados: las alturas rige,
Rija él la tierra.

O ya conduzca domeñado en triunfo
Al Parto siempre amenazante al Lacio,
O ya subyugue en el extremo Oriente
Indios y Seras,

A ti inferior dominará la tierra;
Tú en grave carro estremeciendo a Olimpo,
Abrasarás con enemigos rayos
Bosques impuros.
Santander, 25 de julio de 1875.

Oda V del Libro I de Horacio Quis multa gracilis...

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso unguento,
Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,
Cabe su seno?

¿Por quién sencilla y a la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay cuando llore tu mudanza el triste,
Y tu inclemencia!

Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante,
Que siempre alegre y amorosa siempre



Piensa encontrarte.

¡Mísero aquel a quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
Veste mojada.
Santander, 9 de julio de 1875.

Elegía I del Libro I de Tibulo
Divitias alius fulvo sibi congerat auro
Et teneat culti jugera multa soli.

Otro tenga opulento plata y oro,
Yugadas mil de cultivado suelo,
Y sin cesar aquéjele el recelo

De enemigo que anhela su tesoro;
Su sueño ahuyente la guerrera trompa,
Pase mi vida sin laurel ni fama,
Arda siempre en mi hogar tranquila llama,
Lejos de mí la lid, lejos la pompa.

No deje la esperanza mis umbrales,
Mas compense del año la fatiga
En vino ardiente y en preñada espiga,
Y proteja mis tiernos recentales.

A las plantas daré sabroso riego,
Frutales plantará mi diestra mano,
De alegres vides ornarase el llano,
Fértil la tierra escuchará mi ruego.

Veloz aguijaré los tardos bueyes,
Y si el balido de la oveja suena,



O el cabritillo por su madre pena,
Los llevaré en mis hombros a sus greyes.

En la estación de frutos precursora
Lustro aquí religioso mis pastores,
Y baño en leche y entretejo en flores
El ara de la Diosa labradora.

Pues en el rudo tronco la venero,
Y humilde imploro su favor divino
En la vetusta piedra del camino
Que marca de dos tierras el lindero.

De espigas, Ceres, tejeré corona
Que de tu templo ante los postes penda,
Y al Dios agricultor haré la ofrenda
De cuanto fruto el año nos endona.

Y en los huertos pomíferos, inmundo,
La diestra armada de segur tajante,
Príapo ahuyentará la grey volante,
Con forma obscena y rostro rubicundo.

Y a vosotros, oh dioses familiares
Que protegéis mi hacienda todavía,
Hoy tan menguada si opulenta un día,
Dones ofreceré, rústicos Lares.

Propicios aceptad, númenes, todo,
Aunque de pobre mesa en frágil vaso
Que labrador antiguo, de arte escaso,

Fabricó para sí de tenue lodo,



¡Oh ladrones, oh lobos carniceros,
Os ruego perdonéis a mi ganado;
Otro redil os dé botín colmado,
Buscad para la presa otros senderos!

No ansío de mis padres la riqueza,
Ni la opulenta troj de mis abuelos;
Pobre mies satisface mis anhelos.
Descanse en pobre lecho mi cabeza.

Me es dulce oír el Aquilón sonante
Y a mi amada estrechar, mientras él ruge,
Cuando a su embate poderoso cruje
Mi combatido techo vacilante...

Y cuando lance el Austro sus corrientes
Y desborde los cauces espumosos,
Arrullarán mi sueño cadenciosos
De la perenne lluvia los torrentes.

Si reina acaso la inclemencia estiva,
Del fiero Can el hálito abrasado
Esquivaré, a la sombra recostado,
Por do murmura el agua fugitiva.

¡Antes perezcan esmeraldas y oro,
Que suspire por mí mi triste amante,
Cuando me entregue al piélagos inconstante,
Ni sus mejillas humedezca el lloro!

A ti, oh Mesala, bélica prudencia
Pertenece mostrar por tierra y mares,
En despojo trayendo a tus hogares
De cien vencidos pueblos la opulencia.



Mas yo cautivo en tus hermosos ojos,
Oh Delia, estoy, y ante tu puerta dura
Alegre me consumo en vida oscura
Por solo un beso de tus labios rojos.

Y cuando llegue a mí la hora postrera
Véate yo postrada ante mi lecho,
Con lamento que hiera el alto techo,
Derramar una lágrima sincera.

Y llamando a los dioses, aunque en vano,
Cuando se extinga mi postrer aliento,
¡Que pueda yo en el último momento

Asirme a ti con moribunda mano!

Tú llorarás sobre la alzada pira,
Triste beso a las lágrimas mezclando;
Que no es de pedernal tu pecho blando,
Ni tus entrañas como férrea vira.

No importunes mi sombra; el dolor pasa;
No maltrates, oh Delia, el rostro bello,
No te meses el nítido cabello,
No oscurezcas la lumbre que me abrasa.

Hoy puedo suspirar por tu belleza,
Hoy te amaré, pues lo consiente el hado;
Ya vendrá la vejez con pie callado,
Cubierta de tinieblas la cabeza.

Aun brilla la estación de los amores,
De alegres risas y lascivo fuego;



Aun las puertas quebranto en blando juego;
Estas mis guerras son y mis dolores.

Lejos de mí clarines y banderas,
Gloria buscad, grandezas y tesoro;
Despreciador de la pobreza y oro,
Yo viviré contento con mis eras.
Santander, 9 de enero de 1874.

Elegía de Ovidio a la muerte de Tibulo **Memnona si mater, mater ploravit Achillen**

Si a su hijo Memnón lloró la Aurora,
Si Tetis lloró a Aquiles esforzado,
Si llega el crudo revolver del hado
A la Deidad que en el Olimpo mora;

¡Oh Musa de la flébil elegía!
Laméntate en endecha lastimera,
Destrenza sin primor tu cabellera;
¡Bien mereces tu nombre en este día!

Arde cadáver en alzada pira
Aquel de tu deidad honor y gloria,
Y la hija inmortal de la Memoria
Tierna como él y lánguida suspira.

El rapaz de la madre Citerea
Rompe triste la aljaba y pasadores,
Y, extinguida la luz de los amores,

Lleva en la diestra la apagada tea.



Con las manos lastima el rostro bello,
Hierde su pecho en desconsuelo tanto,
Recoge los raudales de su llanto,
Suelto sobre los hombros su cabello.

Tal dicen que salió de tus umbrales,
Oh Julio Ascanio, en el solemne día
En que el cadáver de tu padre ardía
Con sacra pompa y regios funerales.

Y no menos sintió bella Afrodita
De su cantor la miseranda suerte,
Que cuando vio que daba cruda muerte
A su Adonis gentil fiera maldita.

Al gran poeta la Deidad le llora,
Él es sagrado entre la humana gente,
Arde fuego del cielo en nuestra mente,
Dicen que un dios en nuestro pecho mora.

¿Y no respeta ese divino aliento
Tu profana segur, muerte importuna?
Vida fea y mísera fortuna
Pasan cual sombras que arrebatara el viento.

Del Ísmaro el cantor, el que las fieras
Con su voz amansaba peregrina,
Aunque de estirpe descendió divina,
No detuvo las horas pasajeras.

El Dios autor de la celeste lumbre
Su muerte lamentó con triste canto,
Y por él derramó copioso llanto
Diva Caliope en la Parnasia cumbre.



Aquel hijo de Esmirna, cuya boca
Fue manantial de versos inmortales,
Que en cristalinos, plácidos raudales,
Bañan el Pindo y la Pieria roca,

También al cabo descendió al Averno
Y vio los antros de la noche oscura;
Pero su gloria para siempre dura,
Y vive Homero en su cantar eterno.

Por él Aquiles en su carro vuela,
Fiero terror de la troyana gente,
Por él la casta esposa tristemente

Vuelve a tejer la destejida tela.

Así vivirá el canto lastimero
Que expresó de Tibulo los dolores,
De Némesis y Delia los ardores,
Una el primer amor, otra el postrero.

¿Detuvisteis la muerte presurosa
Con vuestros sacrificios religiosos,
Con agitar los sistros sonoros,
Con puro lecho y lustración piadosa?

¡Ah! cuando hiera la guadaña cruda
Al varón justo, al virtuoso, al sabio,
¡Oh Dioses, perdonad mi torpe labio!,
De vuestro ser mi entendimiento duda.

Piadoso vive, morirás piadoso;
Con ofrendas adorna los altares;



En breve dejarás tus dioses Lares
Para sumirte en el sepulcro odioso.

Si en la belleza de tu canto fías
Que ha de salvarte de la tumba helada,
Mira a Tibulo en la postrer morada,
En urna breve sus cenizas frías.

¡Oh celestial cantor! ¿La llama fiera
Tu pecho consumió, de amores nido?
¿Cebarse en tus entrañas ha podido?
¿Ardió tu cuerpo en funeral hoguera?

¿Y tal maldad los dioses consintieron
En cuyas aras el incienso humea?
¿Por qué no abrasa vengadora tea
Los áureos templos que la infamia vieron?

Los ojos apartó madre Ericina,
La que habita de Pafos en la altura,
Cubrió su rostro palidez oscura,
Y derramó una lágrima divina.

Y aun fuiste más feliz que si la muerte
De Feacia en los campos te alcanzara
Y en urna vil tu polvo descansara:
Fue te propicia al fin la adversa suerte.

Al menos hoy en tu postrer partida
Los ojos te cerró madre amorosa
Y tu ceniza recogió piadosa;

¡Triste recuerdo de tu amarga vida!



Y suelta la flotante cabellera,
Tu hermana lamentó tu muerte triste,
Y al lado de tu madre siempre asiste,
En su dolor y llanto compañera.

Con sus besos los suyos han unido
Tu Némesis, tu Delia juntamente;
De entrambas se escuchaba el son doliente,
Mientras era tu cuerpo consumido.

Así al partir tu Delia suspiraba,
Dejando con pesar la extinta hoguera:
«¡Felice yo, que tus amores era!
¡Felice fuiste mientras yo te amaba!»

«¡Ah! no acrecientes mi dolor tirano,
Némesis dijo al escuchar su acento,
Yo recogí su postrimer aliento,
Él me estrechó con moribunda mano.»

Si somos más que sombra fugitiva,
Si un resto acaso de existencia dura,
De los Elíseos bosques la espesura
En su seno tu espíritu reciba.

Allí de lauro y hiedra coronado,
Con Calvo vagarás, dulce Tibulo;
Allí resuena el canto de Catulo
Por las helenas Musas arrullado.

Galo camina con erguida frente,
Pálido aún por la reciente herida;
Con propia sangre rescató su vida,
De crímenes horrendos inocente.



Tal morada tu espíritu posea,
Pues fuiste de las Piérides amado,
¡Duerma en la urna el polvo sosegado;
Leve la tierra a tu ceniza sea!
Santander, 18 de marzo de 1875.

**Fragmento del poema de Petronio De Mutatione Reipublicae Romanae
Orbem jam totum victor Romanus habebat**

Ya el orbe todo ante sus pies rendido,
Tierras y mares, el Romano viera;
Y aún no saciada su ambición, las olas

Peso oprimía de guerreras quillas;
Si alguna tierra en su escondido seno
Oro encerraba, con inicua guerra
Se extraía el metal de sus entrañas;
Ya no agradaban los vulgares goces
Ni los deleites que la plebe anhela;
Asiria rinde sus preciadas conchas,
Y sus perfumes la feliz Arabia,
Sérica lanas, mármoles Numidia;
Tiñe el blanco vellón de las ovejas
Rojo color de púrpura de Tiro.
¡Fuentes de guerra, destrucción y llanto!...
El elefante de preciosos dientes
Es perseguido en la africana selva
Hasta el árido Ammón, de Libia extremo.
Vienen los tigres en dorada jaula
Sangre humana a beber, entre el aplauso
De ronca multitud que el circo llena...
Mesas de cedro, de África traídas,
Servil rebaño, púrpura esplendente



Del suntuoso festín la pompa aumentan.
Trae al banquete la ingeniosa gula
Vivo el escaro en agua de Sicilia,
La leve concha de Lucrinia playa;
Y ya sin aves la remota Fasis
En su triste ribera sólo escucha
Gemir el viento en las desiertas hojas...
Venden sus votos en el campo Marcio
Los Quirites; venal es el Senado
Venal el pueblo, mercaderes todos;
Por precio vil se otorgan los favores,
Y la virtud ni en los ancianos queda;
La augusta majestad se rinde al oro;
Es Roma de sí propia mercancía;
Ni un brazo se ha de alzar en su defensa;
Es presa vil de quien primero llegue...
Soñolienta, en el ocio sumergida,
¡Quién podrá levantarla de su cieno,
Sino el furor y la espantosa guerra
Y con el hierro la ambición armada!
Santander, agosto de 1875.

Himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza **Bis novem noster populus sub uno**

De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna
Fiel nuestro pueblo: a Zaragoza asiste
Gloria tan alta.

De ángeles llena la ciudad augusta,
No, frágil mundo, tu ruina teme,
Pues tantos dones que ofrecer a Cristo



Lleva en su seno.

Quando el Señor, sobre candente nube,
Descienda, y vibre la fulmínea diestra,
Y justo pese con igual balanza
Todas las gentes,

Delante el Cristo, la cabeza erguida,
Prestas del orbe las ciudades todas
Irán llevando en azafates de oro
Ricos presentes.

La África tierra mostrará tus huesos,
Doctor Cipriano, de facundo labio,
Y a Acisclo, a Zóel y sus tres coronas
Córdoba magna.

Madre de santos, Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás a Cristo,
Triple diadema que en sutiles lazos
Liga Fructuoso.

Cual áureo cerco rutilantes piedras,
Ciñe su nombre al de los dos hermanos;
De entrambos arde en esplendor iguales
Fúlgida llama.

Los santos miembros del invicto Félix
Pequeña y rica ostentará Gerona;
Los dos guerreros Calahorra, nuestra
Patria querida.

Con Cucufate se alzaré Barcino,



Y con su Paulo la feraz Narbona,
Con tus cenizas la potente Arelas,
Divo Genesisio.

Virgen Eulalia, tus reliquias lleve
En don a Cristo y hasta el ara misma,
De Lusitania la ciudad cabeza,
Mérida insigne.

Doble tributo, duplicada ofrenda
Lleve en sus manos la feliz Compluto:
De Justo y Pástor la inocente sangre,
Cándidos miembros.

Tánger, sepulcro de Masilios reyes,
No la ceniza de Casiano olvide
Que el suave impuso a los domados pueblos
Yugo de Cristo.

Pocas ciudades mostrarán un mártir,
Con dos o tres agradecerán algunas,
Tal vez con cinco ofrecerán a Cristo
Prenda de alianza.

Diez y ocho tú presentarás, Augusta,
Ciudad dichosa, del Señor amada,
Cinta la sien de ensangrentada oliva,
Signo de paces.

Tú sola al paso del Señor pusiste
Mártires sacros en legión inmensa,
Sola tú rica, de piedad espejo,
Rica en virtudes.



No te igualaron en tesoro tanto
Cartago, madre del guerrero peno,
Ni Roma misma que el excelso ocupa
Solio del mundo.

La limpia sangre que bañó tus puertas
Por siempre excluye a la infernal cohorte;
Purificada la ciudad, disipa
Densas tinieblas.

Nunca las sombras tu recinto cubren,
Huye de ti la asoladora peste,
Y Cristo mora en tus abiertas plazas,
Cristo doquiera.

De aquí ceñido con la nivea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo a la región empírea
Coro triunfante.

Aquí, Vicente, tu laurel florece;
Aquí, rigiendo al animoso clero,
De los Valerios la mitrada stirpe
Sube a la gloria.

¡Oh, cuántas veces la borrasca antigua,
En torbellino estremeciendo el orbe,
De este almo templo quebrantó en los muros
Su hórrida saña!

Mas de teñirse la gentil espada
Ni un punto en sangre de los nuestros cesa:
A cada golpe del granizo brotan
Mártires nuevos.



¿Tú no teñiste con purpúreas gotas,
Claro Vicente, el augustano suelo
Como preludio de la no distante
Muerte gloriosa?

Así del Ebro la ciudad te honora
Cual si su césped te cubriera amigo,
Cual si guardara tus benditos huesos
Tumba paterna.

Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota
Logró vencer y conquistar la palma;
Tal vez el muro de la gran Sagunto
Vio su martirio.

De Zaragoza en el estadio ungido
De fe y virtudes con el óleo santo,
Para domar al enemigo horrendo
Fuerzas obtuvo.

Vio en esta Iglesia las diez y ocho palmas,
Los patrios timbres su heroísmo encienden,
Y ardiendo en sed de acrecentarlos vuela
Presto al combate.

Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados: la violenta virgen
Que holló resuelta las del vano mundo
Pompas falaces.

Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo;



Sola tú, virgen, nuestra tierra habitas,
Vences la muerte.

Vives y aun puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne;
Los negros surcos de la atroz herida
Puedes mostrarnos.

¡Qué impio sayón te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros!
Partido un pecho, el corazón desnudo
Viose patente.

¡Mayor tormento que la muerte misma!
Cura la muerte los dolores graves
Y al fin otorga a los cansados miembros
Sumo reposo.

Mas tú conservas cicatriz horrible,
Hinchó tus venas dolorosa llama
Y tus medulas pertinaz gangrena
Sorda roía.

Aunque el acero del verdugo impío
El don te niega de anhelada muerte,
Ceñir lograste, cual si no vivieras,
Mártir, la palma.

De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos garfios;
Murió una parte de tu propio cuerpo,
Siendo tú viva.

Título nuevo de perenne gloria



Nunca otorgado, concediole Cristo
A Zaragoza; de una mártir viva
La hizo morada.

Alza tu frente, esclarecido pueblo,
Rico en Optato y en Lupercio rico;
De los diez y ocho a tu senado ilustre
Salmos entona.

Canta a Succeso y a Marcial celebra,
Canta la muerte del feliz Urbano,
De Quintio y Julio el venerado nombre
Suene en tus himnos.

Repita el coro de Frontón la gloria,
Del animoso Ceciliano el triunfo
Y la preciosa de Egüencio y Félix
Sangre vertida.

Ni a Publio olvide ni a Apodemo claro,
Ni a Primitivo en el silencio deje,
Ni a aquellos cuatro que nombrar esquivá
Sáfico metro.

La edad antigua Saturninos llama
A estos varones, y mi amor los nombra;
No es el cantar a los de Dios electos
Vano ejercicio.

Grande es el arte que en sus cantos sepa
Los áureos nombres engarzar de aquéllos;
Cristo los sabe y los conserva escritos
Libro celeste.



Serán leídos en tremendo día
Cuando tu ángel los diez y ocho ofrezca
Que por derecho de martirio y tumba
Rigen tu pueblo.

Y ha de añadir al número primero
La casta virgen tras tormentos viva,
Muerto a Vicente, pues su gloria es nuestra,
Nuestra su sangre.

Y ha de mostrar a Cayo y a Cremencio
Saliendo ilesos del cruel certamen,
Llevando en signo de menor victoria
Palma incruenta.

La fe de Cristo confesaron ambos,
Ambos lucharon con viril denuedo,
Ambos gustaron, aunque levemente,
Gloria y martirio.

De nuestras culpas el perdón implora
Esta legión bajo el altar guardada
En Zaragoza, de tamaños héroes
Íncлита madre.

Dejad que bañe con piadoso llanto
Mármol que cubre la esperanza nuestra
Para romper las ligaduras fuertes
De mis pecados.

Póstrate humilde, generoso pueblo,
Y, acompañando la festiva pompa,
Sigue después las resurgentes almas,



Sigue los miembros.
Santander, 15 de agosto de 1875.

Cintra
Poema latino de Luisa Sigea, toledana
Est locus occiduas ubi sol æstivus ad oras...

Guardan un sitio las hesperias playas
Do, en ebúrnea carroza conducido,
Cuando vence la noche al claro día,
Su radiante corona el sol estivo
Desciñe, y los corceles fatigados
Baña del ponto en los cristales fríos.
Un valle, do murmuran frescas aguas,
Cercan peñascos hasta el cielo erguidos,
El mar dominan y tocar parecen
La etérea cumbre tres enhiestos picos.
Y si no orlaran su cabeza nubes,
Dijérase que en ellos sostenido,
Como en pilares de diamante inmóviles,
Del cielo estriba el eternal zafiro.
Moran allí los Faunos saltadores,
Y el antro de las fieras escondido
Penetra el cazador, de astucia armado,
Que hierde con la madre al cachorrillo.
Sus verdes hojas desplegando el roble
De la intrincada selva en el recinto,
Sombra y morada placentera ofrece
A Silvanos y Sátiros lascivos.
El haya crece allí, crece la encina,
Y el álamo de Alcides escogido,



Y el peral, el cerezo y el castaño
Con las flexibles ramas del corylo.
Y otros dones innúmeros que al hombre
Feliz para sustento ha concedido
La bondad de los dioses inmortales,
Míranse a breve espacio reducidos.
Allí la rubia Ceres por su mano
Enseña a cultivar el suelo opimo,
Semillas lanza, y las alegres mieses
Hace luego brotar del surco hendido.
A la siniestra del florido valle
Por do al Arctos el mundo está vecino,
Alegres pastos a la grey balante
Ofrece Pan en campos extendidos.
La hespéride granada purpurea
Del hondo valle en el recinto esquivo;
Muestra el laurel sus hojas, que corona
Tejen al luchador de premio digno.
Encrespándose da sombra sagrada,
Amado de Afrodita, el leve mirto;
Hállanse al par de bien olientes flores
De Cintra en el vergel frutos dulcísimos.
Se oye el cantar de suave Filomela
Y de la viuda tórtola el gemido,
Y cuantas aves por el éter vagan
Tienen en estos árboles sus nidos.

Llenan la selva sus alegres cantos,
Rosas produce el prado, violas, lirios,
Y la menta aromosa y el romero,
El tomillo, la nepta y el narciso.
De yerba ornados, de verdor y flores
Ríen doquier el prado y el ejido;
Con flores entretejen sus coronas



Las Dríadas, los Faunos fugitivos.
Fúlgida rueda susurrante el agua
Del rudo seno de peñón altivo
A regar en corriente sosegada
El valle melancólico y sombrío;
Forma ancho estanque do las Ninfas bellas
Bañan tal vez sus cuerpos peregrinos,
Cuando la Aurora en su carroza esplende
O cuando al cielo cubre manto umbrío.
Regio alcázar elévase en la orilla
Del lago limpidísimo y tranquilo,
Y desde allí las cándidas doncellas
Prado contemplan y jaral bravío.
Desde allí sus delicias yo admiraba,
En cada objeto el ánimo embebido,
Al tiempo que la Aurora derramaba
Por tierra y cielos su esplendor divino.
Cuando el espejo líquido quebrando
Brotó gallarda Ninfa de improvisó,
En voz y aspecto semejante a diosa,
Que con acento blando así me dijo:

-«Salve, doncella de los dioses cara,
¿Qué miras, di, desde la torre erguida?
¿De tu princesa conocer el hado
Quieres, Sigea?»

Y respondila: -«Si los altos Dioses
Cumplir quisieran lo que yo deseo,
A mi señora en los sublimes astros
Vieras alzada.

Oh tú que en rostro, cabellera y ojos,
En leve paso y en mullido seno,



Diosa pareces que el lugar custodias,
Cándida Ninfa,

De cuya boca transparente manan
De aqueste río las serenas ondas,
Tú revelarme el celestial decreto
Puedes acaso.

Dime la suerte que a la virgen regia

Guardan los hados en futuros días,
Cuál la reserva el eternal destino
Tálamo de oro.»

Interrumpiome con rosado labio:

-«Virgen, escucha, mi verdad no dudes;
Poco ha Neptuno a las etéreas sedes
Me ha conducido.

En el alcázar del supremo Jove,
La ambrosía y néctar en doradas copas
Los inmortales, de fulgor ceñidos,
Ledos gustaban.

Ya retiradas las fragantes mesas,
Por tu señora suplicaron todos,
Para que a cuantas en virtudes vence
Venza en imperio.

Por la Princesa agradecidos ruegan
Minerva docta y el canoro Febo
Y Caliope, del Saturnio padre
Prenda querida.



A éstos amara la gentil doncella
Que sabiamente penetró sus artes;
Con aquel rostro que los cielos calma
Jove repuso:

-«Dioses, gozaos; inmutables yacen
Los altos hados de la excelsa virgen;
Si ve a otras manos empuñar el cetro,
No desespere.

Ya su lugar encontrará el destino;
Con gran fatiga a la elevada cumbre
Logra arribarse; no tolera el cielo
Débiles dioses.

Cual otras, fácil encontrara esposo,
Mas el que a ella destinó la suerte
Lugar ocupa en elevada cima,
Lejos del vulgo.

Feliz el orbe regirá domado,
Cuando a él se enlace la gentil princesa,
Y entrambos polos doblarán la frente
A tu Señora.

Vuela a anunciarle que tranquila pase

Ya sin recelo sus alegres días,

Y a repetirle el que de mí escuchaste
Fiel vaticinio.

No te acongojes, ni temor alguno
Tal vez te impida predecir los hados,



Que por su orden cuanto tú dijeres
Ha de cumplirse.»

-«El tiempo dime del augurio, Ninfa,»
(Yo repliquela) y respondiome a questo:
«Justo es tu ruego; conocer el plazo
Justo parece.

Dijolo el padre, al terminar la fiesta:
Antes que Febo en su perpetuo giro
Raudo del Cancro al Agocero helado
Pase dos veces,

Ha de cumplirse el eternal decreto.
Feliz entonces, pues sus votos logra;
Llevar al ara la Princesa debe
Sacros perfumes.»

Dijo la Ninfa, y ocultose luego
En rápido, argentado remolino,
Surco trazando, al sumergirse, leve
En las ondas del lago, antes tranquilo.
Y yo que incierta por la infanta estaba,
Sabedora por fin de su destino,
juzgué que a revelar,le, disfrazado,
Mercurio descendiera del Olimpo.
Hoy constante es mi fe; por tal augurio
Al cielo entrambas manos hoy dirijo,
Y si se cumple en mi Princesa el hado,
Pienso obtener lugar casi divino.
Santander, 27 de diciembre de 1875.

Traducción del fragmento Apócrifo de Catulo que forjó el abate
Marchena



Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más;
Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar;
Le admirarán los siglos mientras que nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá;
Los campos de Germania que corta el Istro helado,
Los que el etíope Nilo fecundizando va,
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

De su valor ingente se admirará el germano,
Y el dacio y el escita guerrero temblarán,
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja o en rosonante espiga,
Por campos y montañas extiéndose voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará a los ríos
Cuando soberbios corran a sumergirse al mar.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Mas cuando la victoria su frente coronare,
Anime la clemencia su soberana faz;
Venciendo y perdonando someta a los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.



Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Éstos serán los juegos en que el potente Aquiles
Los años ejercite de su florida edad,
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá;
Y al pueblo y al monarca los dioses sus mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Nunca el furor impío, su veste desgarrando,
En intestinas lides abraza la ciudad,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos
Tiñan en propia sangre el brazo criminal. (159)
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Desde la santa era de Deucalión y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Los sepulcros

Poema italiano de Hugo Fóscolo a Hipólito Pindemonte

Deorum manium iura sancta sunt.
(XII Tablas)

All'ombra de'cipressi e dentro l'urne...

¿Del ciprés a la sombra, en rica urna



Bañada por el llanto, es menos duro
El sueño de la muerte? Cuando yazga
Yo de la tumba en el helado seno,
Y no contemple más del sol la lumbre
Dorar las mieses, fecundar la tierra,
Y de yerbas cubrirla y de animales,
Y cuando bellas, de ilusión henchidas,
No pasen ya mis fugitivas horas,
Ni, dulce amigo, tu cantar escuche
Que en armonía lúgubre resuena;
Ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente
El puro aliento de las sacras Musas,
¿Bastará a consolarme yerto mármol
Que mis huesos distinga entre infinitos
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte?

Es verdad, Pindemonte, aun la Esperanza,
última diosa, los sepulcros huye;
Todo el olvido en su profunda noche
Presto lo oculta, y sin cesar girando
Una fuerza invencible lo arrebató,
Y el hombre y sus sepulcros suntuosos
Y sus últimos restos y sus nombres
De la tierra y del cielo borra el Tiempo.
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda
Es para él del mundo la armonía,
Si puede alimentar dulces recuerdos
En los pechos amantes? La celeste
Correspondencia de amoroso afecto
Don es a los humanos otorgado;
Por él vivimos con el muerto amigo,
Y él vive con nosotros; la piadosa
Tierra que en su niñez le alimentaba
Le ofrece en su regazo último asilo,



Y sus cenizas de la lluvia impía
Y del profano pie guarda y defiende;
Su nombre escribe en mármol, y con flores
De árbol amigo su sepulcro cubre,
Sobre él tendiendo bienhechora sombra.

Mas quien afectos no dejó en herencia
Con triste rostro mirará las tumbas,
Error verá su espíritu desnudo
Por las orillas de Aqueronte río,
O levantarse en las augustas alas
Del divino perdón, pero su polvo
Deja a la ortiga del terrón desierto,
Donde ni dama enamorada ruegue,
Ni escuche el pasajero los suspiros
Con que desde el sepulcro hablan los Manes.
Nombre tan sólo aquellos muertos tienen
Que con piadoso llanto son honrados.
¡Oh Talía! sin tumba el sacerdote
Yace, que con amor, en pobre asilo,
Te consagró un laurel, ciñó tus sienes
Con preciada corona; tú aplaudías
En dulce risa el cántico festivo,
Punzante al Sardanápalo lombardo,
Con el mugir dormido de sus bueyes,
Que arando las campiñas del Tesino
Ocio le dan, riquezas y abundancia.
¡Oh bella Musa! ¿dónde estás? No siento
Pura ambrosía, indicio de tu numen,
Entre las plantas do sentado lloro
Por mi techo materno. Aquí venías
Tu poeta a escuchar, bajo aquel tilo
Que hoy gime y tiende sus dobladas hojas
Porque no cubre, oh Diosa, del anciano



La urna con la sombra de sus ramas.
¿Buscas tal vez en túmulos plebeyos
El lugar do descansa la cabeza
Sagrada de Parini? No en sus muros
Sombra le puso, mármol ni inscripciones
Milán, la de cantores enervados
Engendradora; sus cenizas mancha
Tal vez con torpe sangre el homicida
Que purgó en el patíbulo su crimen;
Acaso siente cuál sus huesos roe
Abandonado can que triste aúlla
Y hambriento escarba la olvidada fosa,
Mientras nocturno buho vuelve al nido,
Si la luna alumbró el fúnebre campo,
Y en inmundos sollozos se lamenta
Del pálido fulgor que los luceros
Sobre la tumba abandonada vierten.
¡Oh sacra Musa! de la oscura Noche
Por tu poeta la merced implora.
¡Ay del difunto que ni gloria humana
Tras sí dejare ni amoroso llanto!
Flores no nacerán sobre su losa.

Cuando las nupcias, tribunales y aras
Dulcificaron de la humana gente
Las ásperas costumbres, y piadosas
Tornáronlas, los vivos arrancaron
Al aire vago, a las voraces fieras
Los míseros despojos que Natura
En raudo vuelo, en incesante giro,
Nueva existencia a producir destina.
Monumentos de gloria los sepulcros
Fueron al par que venerandas aras.
Allí los Lares responder solían,



Del oráculo allí la voz oyose,
Y fue temido el juramento horrible
Sobre el paterno polvo pronunciado.
Tal religión que con diversos ritos
La virtud patria y la piedad unía,
Fue por largas edades continuada.
No siempre el pavimento recubrieron
De los templos las losas sepulcrales,
Ni el hedor de cadáveres mezclado
Al humo del incienso respirose,
Ni entristecieron la ciudad efigies
De hórridos esqueletos, ni la madre
Despertaba del sueño estremecida,
Tendiendo el nudo brazo a la cabeza
Del tierno niño que en su seno yace,
Oír pensando de irritada sombra
Largo gemir que el corazón lo helaba.

En otra edad los cedros, los cipreses,
De efluvios puros impregnando el aire,
Hojas tendían en memoria eterna
Sobre la urna, y en corintios vasos
Derramadas las lágrimas votivas,
Una antorcha encendían los amigos,
Para alumbrar la subterránea noche,
Porque los ojos moribundos buscan
La luz del sol, y el último suspiro
Todos los pechos a su luz exhalan.
Las fuentes derramando aguas lustrales,
Amarantos regaban y violas
En el fúnebre cerco, do si alguno
A libar leche y a contar sus penas
A los caros finados se acercaba,
Sentía en torno una fragancia pura



Como las auras del Elíseo prado.

Hoy piadosa locura a las doncellas
Britanas hace suburbanos predios

Mucho estimar, donde el amor las lleva
De la perdida madre, do imploraron
Al Genio del lugar por el retorno
Del héroe que rompió vencida nave,
Y de su mástil fabricó su tumba.
Donde duerme el afán de ínclitos hechos,
Y el trémulo pavor y la opulencia
Son del vivir político ministros,
Inútil pompa, precursora imagen
Del Orco son marmóreos monumentos.
Ya el rico, el docto y el patricio vulgo,
Gloria y decoro de la Ausonia tierra,
En sus palacios, entre vil lisonja,
Tiene, aun en vida, excelsa sepultura,
Y en vanos timbres su grandeza asienta.
Ven, dulce muerte, reposado albergue
Do la fortuna sus venganzas cesa;
Recoja la amistad no de tesoros
Herencia, mas de canto no humillado
Y libres pensamientos el ejemplo.

A egregios hechos, Pindemonte, excitan
Las urnas de los fuertes; bella y santa
Hacen al peregrino aquella tierra
Que las oculta. Cuando vi el sepulcro
Donde de aquel varón los restos yacen,
Que el cetro del tirano gobernando,



Deshoja su laurel, y al pueblo muestra
Con qué lágrimas crece y con qué sangre,
Y el féretro de aquel que nuevo Olimpo
Alzó en Roma a los Dioses, y la tumba
Del que vio al sol inmóvil y a los mundos
Bajo el etéreo pabellón rodando,
Y al Ánglico inmortal mostró la vía
Del antes ignorado firmamento;
Dichosa te llamé, ciudad que baña
Aura vital, y lava el Apenino
Con torrentes lanzados de su cumbre.
Limpidísima luz vierte la luna
En tus collados que la vid adorna,
En los cercanos valles que a los cielos
Despiden de mil flores el aroma.

Tú, Florencia, escuchaste la primera
Del desterrado Gibelino el canto,
Y tú los padres diste y el idioma
Al dulce vate, de Caliope labio,
El que al Amor desnudo en Grecia y Roma
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus
Y más felice aún, porque en un templo
Conservas fiel las italianas glorias,
Las únicas quizá, pues de los Alpes
El mal vedado paso y la inconstante
Omnipotencia de la humana suerte
Armas te arrebataron y defensa,
Y aras y patria; esta memoria sola
Nos resta; de aquí brote refulgente
Luz de esperanza a la oprimida Italia



Y el fuego encienda en generosos pechos.

Alfieri en estas tumbas a inspirarse
Venir solía; con los patrios dioses
Airado, en torvo ceño, erraba mudo
Por la orilla del Arno más desierta
Con ansioso recelo contemplando
Los montes y los valles, do ninguno
A su anhelar quejoso respondía;
Sobre el mármol dobló la frente austera
Con palidez mortal, mas aún brillaba
La divina esperanza en su semblante.
Hoy yace en esos mármoles; sus huesos
Aun a la voz de patria se estremecen;
Desde el sacro recinto un numen habla,
Numen de patria que animó a los griegos
Contra el persa invasor, en Salamina
Y en Maratón, do consagrara Atenas
Trofeos a sus hijos. El piloto
Que surcó desde entonces el mar Eubeo,
Vio centellear en la tiniebla oscura
Fulgor de yelmos y encendidas teas,
Humear ígneo vapor las rojas piras,
Armas brillar cual si la lid tomara,
Y escuchó en el silencio de la noche
Tumulto de falanges por el campo,
Clangor vibrante de torcidas trompas,
Relincho de corceles voladores,
Gemir de moribundos, triste llanto,
Himnos de gloria, y funerales trenos.

¡Feliz tú que el imperio de los vientos
En tus floridos años recorrieras,



Y si la antena dirigió el piloto
Tras las islas Egeas, cierto oíste
Del Helesponto resonar la costa
Con los hechos antiguos, y espumosa
Y rugiente miraste a la marca
Las armas conducir del fuerte Aquiles,
A las playas Reteas, a la tumba
De Ajax de Telamón! Sólo la muerte
Dispensa con justicia eterna gloria;
Ni astuto ingenio ni favor de reyes
Al Ítaco falaz aprovecharon;
Las ondas le arrancaron su despojo
Por los íferos dioses concitadas.

Yo en peregrinas tierras fugitivo
Por anhelo de gloria y triste suerte
Estos nombres evoco, que las Musas
Del mortal pensamiento animadoras,
Fieles custodios, los sepulcros guardan,
Y cuando el tiempo con sus alas frías
Osa tocarlos, las Pimpleas hacen
Alegres con su canto los desiertos,
Y vence poderosa su armonía
De siglos mil las sombras y el olvido.
Por eso hoy en la Tróade contempla
Con asombro y respeto el peregrino
Un lugar por la ninfa consagrado
Que fue esposa de Jove, y dio la vida
A Dárdano inmortal, de do Asaraco
Y los cincuenta tálamos proceden
Y Troya, el reino de la Julia gente.

Oyó Electra el decreto de la Parca



Que del aura vital la transportaba
A los Elíseos coros, y al Tonante
Esta postrer plegaria dirigía:
«Si te agradó mi rostro y mi belleza
Y las dulces vigiliass a mi lado,
Y algún premio mayor no me deparas,
La muerta amada desde el cielo mira
Y haz sagrado el lugar de su sepulcro.»
Rogando así, moría y el Saturnio,
Gimió, doblando la inmortal cabeza,
Y ambrosía vertió sobre la Ninfa,
Y aquella tumba consagró por siempre.
Allí yace Erictonio y duerme el justo
Ilión; allí venían las troyanas
Sacrificios a hacer, queriendo en vano
El hado detener de sus maridos;
Allí vino Casandra, cuando el pecho
Ardiendo en sacro fuego, el Dios la hacía
De Pérgamo anunciar los tristes hados,
Y a las sombras cantaba himno amoroso,

Guiando a sus sobrinos exclamaba
Con profundo suspiro: «Si de Argos
Do al hijo de Laerte, al de Tideo
Conduciréis al pasto los corceles,
Tal vez tornar os concediera el hado,
En vano buscaréis la patria vuestra;
Los muros arderán, obra de Febo,
Aun veréis humeantes sus reliquias.
En esta sacra tumba los Penates
Habitarán de Ilión, que en la desdicha
Los Númenes conservan el recuerdo.
¡Oh palmas y cipreses que las nueras
De Príamo plantaron, y que presto



¡Ay! creceréis con lágrimas bañados
De tristes viudas, proteged mis padres!
Y quien llegare a la espesura sacra
Que vuestras ramas formarán creciendo,
Pío se dolerá de nuestros males
Y tocará con reverencia el ara,
Amparad a mis padres algún día;
Veréis errante a un ciego en vuestros bosques,
Trémulo penetrar en los sepulcros,
Las urnas abrazar e interrogarlas;
Entonces gemirán los hondos antros
Y narrarán las tumbas el destino
De Ilión, dos veces en el polvo hundida
Y dos tornada a alzar con gloria nueva
Para adornar el último trofeo
Del Pélide fatal. El sacro vate,
Aplacando las sombras con su canto,
Ensalzará a los príncipes argivos
Por cuanto baña el piélagos sonante,
Y a ti, Héctor, dará llanto sublime.
Santa será la sangre derramada
Por la patria infeliz, mientras radiante
El sol alumbra la miseria humana.»
Santander, 4 de septiembre de 1875.

El ciego

Idilio de Andrés Chénier

Dieu dont l'arc est d'argent, Dieu de Claros, écoute...

-«Oye mis ruegos tú, deidad de Claros,
Apolo Smínteo, el de la alada flecha
Y arco de plata. Moriré sin duda,



Si tú no guías a este errante ciego.»
Tal pronunciaba con suspiro triste,
Penetrando en la selva, errante anciano,
Y en una piedra se sentó gimiendo.
Al ladrido tenaz de los molosos,
Custodios fieles de la grey balante,
Tras él corrían con veloces pasos,
Hijos de aquella tierra, tres pastores,

El furor deteniendo de sus canes,
Por amparar del viejo la flaqueza,
Y acercándose a él, así decían:
-«¿Quién es aqueste anciano, débil, ciego?
¿Será por dicha morador celeste?
Grandeza y altivez su faz descubre,
Pende una lira informe de su cinto,
Y al resonar su canto, se estremecen
El aire, el mar, el cielo y las montañas.»
Él sus pasos oyó, y atento espera,
Y tiembla al acercarse, y ambas manos
En ademán de súplica extendía.

-«No temas (dicen ellos), extranjero,
Si ya en forma terrestre, deleznable,
No eres un numen que a la Grecia ampara:
¡Tanta grandeza en tu vejez descubres!
Si eres sólo un mortal, oh triste anciano,
No te arrojaron las marinas olas
A tierra cruda y de piedad ajena.
Nunca el destino da dicha colmada;
A ti los altos dioses concedieron
Noble y sonora voz, pero tus ojos
Cerraron a la luz del claro día.»

-«Infantil vuestra voz blanda parece;



Niños seréis, mas los discursos vuestros
Prudencia suma y madurez revelan.
Pero siempre recela el indigente
Extranjero que sirven sus desgracias
De objeto a muchos de baldón y risa.
No compararme a los celestes dioses
Oséis: ¿mis canas, mi arrugada frente
Y esta perenne noche de mis ojos
Son de un numen tal vez digno semblante?
¡Soy hombre entre los hombres desdichado!
Si a un pobre conocéis, errante, triste,
A ese tan sólo compararme puedo.
No porque yo intentara, cual Tamiris,
La prez del canto arrebatarse a Apolo,
Ni, cual Edipo, con incesto hubiera
Y parricidio sobre mí llamado
De las negras Euménides las iras.
En mi vejez el hado omnipotente
Me reservaba la tiniebla oscura,
Y en destierro vagar, hambre y pobreza.»

-«Toma, y ojalá cambie tu destino,»
Ellos dijeron, y sacando luego
De una de cabra piel, blanca y luciente,
El manjar aquel día preparado,
En sus rodillas ponen a porfía
El blanco pan de trigo, la aceituna,
La almendra, el queso y los melosos higos.
Come también el perro, que yacía
Entre sus pies, mojado y sin aliento,
Que nadando dejó la corva nave
A pesar del remero, y en la orilla
Vino a juntarse a su infelice dueño.



-«No siempre mi destino es inflexible;
Salud, oh niños (el anciano dijo)
De Jove mensajeros. ¡Venturosos
Los padres que a estos niños engendraron!
¡Venid y que mis manos os conozcan
Cual si vista tuviera! ¡Oh hijos míos,
Hermosos sois los tres, vuestros semblantes
Hermosos son, y dulces vuestras voces!
¡Qué amable es la virtud de gracia llena!
Creced cual la palmera de Latona,
Del cielo don, del mundo maravilla,
Que contemplé, cuando mis ojos vieron,
Al aportar a la sagrada Delos,
Cerca de Apolo y de su altar de piedra.
Cual ella creceréis grandes, robustos,
Fuertes, de los mortales venerados,
Porque amparar sabéis tanta desdicha.
Apenas el mayor tendrá trece años,
Oh niños míos; yo era casi viejo
Antes que vuestros padres respiraran.
Siéntate junto a mí, del viejo cuida,
Tú el mayor de los tres.» - «Cantor ilustre,
¿Cómo o de dónde vienes? que las olas
Rugen por dondequiera en nuestra orilla.»

-«Mercaderes de Cyme me guiaron;
Dejaba (194) de la Caria las riberas,
Por ver si Grecia patria me ofrecía
Y los dioses benignos me otorgaban
Suerte menos cruel, horas serenas.
¡Que la esperanza hasta el sepulcro vive!
Mas nada tengo; ni pagar el viaje
Pude a los nautas, y ellos me arrojaron,



Como visteis poco ha, a vuestra ribera.»

-«¿Y por qué no cantaste, dulce viejo?
Con tu armoniosa voz pagar podías.»

-«¡Hijos, del ruiseñor los dulces sones

Nunca del buitre calmarán la rabia,
Ni los avaros, insolentes ricos
Alma tendrán para gustar del canto.
Guiado por mi báculo, en la arena,
Del piélago al mugir, solo, en silencio,
Escuché los balidos de un rebaño
Y el resonar de la bronceada esquila.
Tomé la lira; a sus movibles cuerdas
Los dedos apliqué, ya temblorosos,
La bondad implorando de los dioses
Y en especial de Jove hospitalario.
Mas de pronto sonó voz formidable
Y enormes perros contra mí vinieron,
Y vosotros con piedras y con gritos
Calmasteis luego su iracunda rabia.»

-«¿Será cierto tal vez, oh padre mío,
Que ya perverso degenera el mundo?
En otro tiempo al escuchar la lira
Lobos y tigres, su furor rendido,
De un cantor como tú los pies besaban.»

-«¡Bárbaros, ay! Sentado yo en la popa,
Canta, gritaba aquella chusma impía,
Si ve algo más tu ingenio que tus ojos,
Destierra nuestro enfado, vagabundo.
Yo confundirles quise con mi acento,
Mas no se abrió la boca a la respuesta,



Hice callar la lengua, y con la mano
Detuve al Dios hirviendo ya en mi seno.
¡Oh Cyme, pues tus hijos ofendieron
A la prole inmortal de Mnemosina,
Profundo olvido su memoria cubra
Y sepulte su nombre densa noche!»

-«Ven a nuestra ciudad, de aquí vecina,
Que a los amigos de las Musas ama;
Un asiento te espera en los festines
Con argentinos clavos tachonado.
Ricos manjares, miel y dulce vino
De los pasados males la memoria
Desterrarán, so la columna alzada
Do pende de marfil sonante lira.
Si en el camino, rápsoda ingenioso,
Con celestiales cantos nos deleitas,
Diré que Apolo desde el alto Olimpo
Tu son inspira y tus acordes rige.»

-«Marchemos, sí; ¿mas dónde me conduces?
Hijos del triste ciego, ¿dónde estamos?»

-«En la isla de Sicos fortunada.»

-«¡Sicos, salud, hospitalaria siempre!
Piso otra vez tu venturosa orilla;
Amigos, vuestros padres me conocen.
Cual vosotros crecían, cuando vine
Joven, valiente: contemplar podía
La primavera, el sol, la blanca Aurora.
Siempre el primero en la gallarda liza,
En la pírrica danza, en la carrera,
Argos y Creta, Atenas y Corinto
Yo visité; la de cien puertas Tebas
Y del Egipto la ribera fértil.



Mas la tierra y el mar, el tiempo, el hado,
Mi cuerpo han oprimido de dolores;
Sólo la voz me queda, cual cigarra
Que cantando en las ramas se consuela.»

-«Ante todo a los dioses invoquemos:
¡Oh soberano, omnipotente Jove,
Sol que en tu lumbre lo penetras todo,
Mar, tierra, ríos, vengadoras Furias,
Salud, ¡oh del Olimpo habitantes!
Todo saber procede a los mortales
De vosotras, oh Musas; comencemos...»

Él prosiguió; las ramas se inclinaron
Del roble antiguo a sus cadentes sonos,
Libre dejó el pastor a su ganado,
Y olvidando el camino los viajeros
Pararon a su voz. Él suspendido
Del fuerte brazo de su joven guía,
Sintiólos agruparse y detenerse,
Con avidez oyendo sus cantares,
Y Ninfas y Silvanos de sus grutas
A admirarle salir, no respirando,
Sobrecogidos con espanto mudo.
Porque cantaba en vagarosos himnos,
Cuál se juntaron en fecundo abrazo
Las primeras semillas de los seres,
Los principios de fuego, tierra y aire,
Y del seno de Jove descendida
El agua a congregarse en hondos ríos;
Las leyes, los oráculos, las artes
Y la concordia fraternal del pueblo;
El caos, los amores inmortales,
El Rey sublime, que el Olimpo y Tierra



Al mover estremece de sus ojos;
Los dioses dividiendo fiera lucha,
Sangre divina enrojeciendo el suelo,
Congregados los reyes, y a sus plantas

Nubes de polvo, carros voladores,

Armas brillantes de guerreros fuertes,
Cual vasto incendio en escarpada cima,
Crines flotantes de ligeros potros
Que a sus jinetes a la lid arrastran.

Cantó después la paz de las ciudades,
Los oradores, las sagradas leyes,
Y de los campos la cosecha fértil;
Mas pronto coronadas las murallas
De soldados mostró; víctimas ruedan
En los sagrados atrios, y las madres
Y las esposas gimen; las doncellas
A dura esclavitud son condenadas.

Cantó tras esto las alegres mieses,
Balante grey y mugidor rebaño,
La rústica zampoña, las canciones
De ruidosa vendimia, los festines,
La flauta suave y la ligera danza.
El viento desató que el mar agita
Y al nauta envuelve en las hinchadas olas;
Mas súbito a las hijas de Nereo
Salir ordena de azulada gruta,
Y pronto levantáronse a sus gritos
Naves sin cuento que la mar cortaban
Con rumbo cierto a la troyana orilla.

Mostró después de Estigia las prisiones



Y la ribera criminal, los campos
De asfódelo, do vagan macilentas
Sombras de luz y de vivir privadas,
Tristes ancianos por la edad vencidos,
Jóvenes arrancados de sus padres,
Niños cuyo sepulcro fue la cuna,
Y doncellas que en flor arrebatadas
Tálamo hallaron en la tumba fría.
Bosques, arroyos, montes y peñascos,
Cómo debisteis palpar de gozo
Cuando el vate mostraba al divo Hefesto
Forjando en Lemnos, en el sacro yunque,
Aquella red irresistible y fina,
Como de Aracne las sutiles hebras,
Y entre sus hilos enredando a Venus;
O cuando en piedra trasformaba a Niobe,
Madre tebana, de altivez en pago,
O cuando con acento lastimero
De la triste Aedon repitió el lloro,
Que de un hijo madrastra involuntaria
Huyó, cual rruiseñor, a la espesura
Del solitario bosque. Con el vino
Vertió después el néphendes potente,
Que olvido inspira de los males todos,
De los guerreros en las copas; luego
Cogió la flor del moly que a los hombres
Hace prudentes, sabios y felices,
Y del calmante lotos la bebida
Con cuyo filtro olvidan los mortales
Los caros padres y la dulce tierra.

Vieron por fin el Osa y el Peneo
Y la espesura umbrosa del Olimpo,
Las mesas de Himeneo ensangrentadas,



Cuando el monstruoso pueblo de la noche
Al festín asistió de Piritoo;
Y Tesco arrancó medio desnuda
La esposa de su amigo, del robusto
Brazo del ebrio, del salvaje Eurito,
Mientras, acero en mano, el desposado
«Espera (le gritó), traidor espera:
Fuerza es que hoy venga el insolente ultraje.»
Mas, antes que él, sobre el Centauro fiero,
Hizo Dryas caer ardiente pino,

Con el hierro sus ramas erizadas.
El cuadrápedo atroz en vano clama
Y el suelo hiere, donde al fin sucumbe.
Y al esfuerzo de Nesso armipotente
Ruedan Cymele, Periphás, Evagro;
Mata Pirito a Antímaco y Petreo,
Y al de nevados pies, leve Cilaro,
Y al negro Macareo, que con pieles
De tres leones por su mano heridos
Armaba sus ijares y su seno.

Encorvado, una roca levantando,
Imprudente Bianor es sorprendido
Por Hércules divino, que sepulta
En un vaso de bronce antiguo, inmenso,
Herida con la clava, su cabeza;
Y ceden al furor del bravo Alcides
Licotas, Clamis, Demoleón, Rifeo,
Que ostentaba en sus crines orgulloso
El heredado brillo de las nubes.

De doble lid Eurynomo sediento,
Mueve sus pies en raudos torbellinos,
De Néstor sacudiendo la armadura



Con repetidos golpes; huye el duro
Yelops, y con el brazo levantado
Espera el ágil Crántor la embestida,
Mas súbito Eurynomo, se interpone
Y va a hendir con el leño su cabeza.
Violo el hijo de Egeo ensangrentado
Y del ara arrancó una ardiente encina;
Lanzó grito terrible; de su espalda
Nunca domada las flotantes crines
Asió veloz, y sepultó en su boca
Abierta con esfuerzo poderoso
La llama juntamente con la muerte.
Despójase el altar de sus antorchas
Y armas para el combate les ministra;
Suenan en el bosque femenil gemidos;
Los unguados pies baten la tierra,
Y mézclase al tumulto del combate
Ruido de vasos con estruendo rotos,
Injurias, gritos, moribundos ayes.»

Así el viejo de imágenes osadas
Desarrolló el tejido portentoso,
En tanto que los niños asombrados
Contemplaban salir de aquella boca
Raudo torrente de inmortal palabra,
Como en invierno la copiosa nieve
Cae en la cima del erguido monte.

A su encuentro con ramas en las manos,
Salen de la ciudad los moradores
Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos,
Flor y ornamento de la isleña Sicos.
«Ven, elocuente vate, repetían;
Ven, armonioso ciego, a nuestros muros;



Alumno de las Masas, convidado
Al nectáreo banquete de los dioses;
Nuestra isla habitarás, y quinquenales
Juegos celebrarán el fausto día
En que holló nuestra playa el grande Homero.
Santander, 6 de diciembre de 1875.

El joven enfermo
Idilio de Andrés Chénier

Apollon, Dieu sauveur, dieu des savants mystères.

«Apolo salvador, Dios de la vida,
Dios del misterio y las salubres plantas,
Vencedor de Pytón, joven, triunfante,
Apíadate de mi hijo, mi único hijo,
Y de su madre, en lágrimas bañada,
Que sólo por él vive y moriría
Si perdiese la lumbre de sus ojos;

Que no ha vivido para verle muerto...
Su juventud ampara, joven eres,
Extingue en él la fiebre abrasadora
Que consume la flor de su existencia.
Si logra libertarse del sepulcro
Y al Ménalo tornar con su rebaño,
Mis arrugadas manos, de tu estatua
Suspendarán al pie, de onyx la copa,
Y, cada estío, de un mugiente toro
La sangre correrá sobre tus aras.

¿Siempre, hijo mío, tu silencio triste
Inflexible será? ¿Matarme quieres?
¿En mi cana vejez abandonarme?
¿Tus párpados cerrar, unir tu polvo



A las cenizas de tu padre debo?
Yo esperaba de ti tales cuidados;
Yo esperaba que el mármol de mi tumba
Regases tú con lágrimas y besos.
Hijo mío, ¿qué pena te devora?
Doble amargura entraña el mal callado.
¿Nunca alzarás los ojos abatidos?»

-«Adiós, madre, me muero... ya no tienes,
No tienes hijo, madre muy amada;
Te pierdo, que una llaga me consume
Ardiente, venenosa... Con trabajo
Respiro apenas, e imagino siempre
Que en cada aliento huye de mí la vida.
No hablaré más... adiós... me ofende el lecho,
El peso del tapiz... me oprime todo...
Ayúdame a morir, ponme de lado...
¡Ah! ya expiro... dolor...»

-«Tente, hijo mío;
Toma esta copa, esta bebida apura;
Su calor te dará fuerzas y vida;
La adormidera, el díctamo y la malva
Y mil potentes zumos que dan sueño
Vertió a mi ruego en el hirviente vaso
La Tésala hechicera. Ya tres giros
Ha dado el sol, sin que tu boca a Ceres
Ni tus ojos el sueño conocieran.
Toma, hijo mío, ríndete a mis ruegos...
¡Llora tu anciana, inconsolable madre,
Tu triste madre a quien amar decías;
La que otro tiempo dirigió tus pasos,
Te dio sus brazos, te ofreció su seno;
La que a hablar te enseñara, y muchas veces



Con su canto las lágrimas calmaba,
Que arrancó de tus ojos infantiles
El brotar de los dientes doloroso.
Beba tu labio pálido y helado,
Que otro tiempo mis pechos oprimiera,
Jugo que nutra y tu dolor mitigue,
Cual tu infancia nutrió la leche mía!»

-«¡Valles, collados, bosques de Erimanto,
Viento sonoro y fresco que las hojas
Sacudes y las aguas estremeces,
Y levantas la túnica de lino
Que avara cubre su torneado seno...
De leves ninfas saltadores coros!...
¿Lo sabes, madre mía? En la espesura
Del Erimanto ni los lobos vagan
Ni se arrastra la sierpe ponzoñosa...
¡Rostro divino, transparentes aguas,
Flores y danzas y sonoros cantos!...
¿Lugar más bello ofrecerá la tierra?
Ya no veré esos brazos, esas flores,
Ni los cabellos, ni los pies desnudos,
Blancos y delicados... Conducidme
A los umbrosos bosques de Erimanto,
Y allí contemple a la doncella hermosa
Por la postrera vez... Alzarse vea
Del humo de su hogar larga columna;
Allí acompaña a su felice padre,
Con pláticas sabrosas encantando
Su tranquila vejez. ¡Dioses! la veo
El vallado saltar, suelta la trenza,
Y luego a lentos pasos dirigirse
De su madre al sepulcro, donde llora,
Sobre él quedando pensativa, inmóvil.



¡Qué hermosa faz! ¡Qué dulces son sus ojos!
¡Ay! ¿llorarás así sobre mi tumba?
¡Ah! si exclamases, bella de las bellas:
«Crudas con mi amador fueron las Parcas.»

-«¿Conque es Amor insano, oh hijo mío,
Quien así crudamente te ofendiera?...
¡Hijo mío infeliz! Débiles somos,
Mas siempre nuestro amor al hombre hiere;
Cuando lágrimas corren en secreto,
Siempre por el amor son derramadas.
Mas, dime: ¿en la espesura de Erimanto
Qué virgen viste, qué gallarda ninfa?
¿No eres rico tal vez? ¿No eras hermoso
Antes que tus mejillas marchitara
La dolencia fatal?... Habla, hijo mío.
¿Es Egle, hija del rey de la onda pura,
O Irene rubia, la de largas trenzas?
¿Será por dicha la belleza altiva
Que en templos, en festines es mirada
De madres y de esposas con espanto?
¿Será la hermosa Dafnis...»

-«Calla, madre,
Calla, que es orgullosa, es inflexible;
Como las inmortales, bella, altiva.
Por ella mil amantes anhelaron,
Y la amaron en vano... Como ellos,
Yo altanera respuesta hubiera oído...
No lo sepa jamás... Pero oye, madre;
Mira cuál pasan, ¡ay! mis tristes días;
Mi ruego escucha, ven en mi socorro;
Yo muero... ve a buscarla... que tu rostro
Y tu vejez la imagen de su madre



Traigan a su memoria. El canastillo
Toma, y en él los más preciados frutos,
Y el Eros de marfil, la copa de onyx,
De nuestra choza espléndido ornamento.
Toma mis cabritillos, toma al cabo
Mi corazón, y lánzale a sus plantas.
Dila quién soy y dila que me muero;
Dila que no te resta hijo ninguno,
Abraza de su padre las rodillas,
Implora, gime y en tu auxilio llama
Cielos y tierra, dioses venerandos
Templos, altares y potentes diosas.
Vete; si no consigues ablandarla,

Adiós, mi madre, adiós, no tendrás hijo...
-«Hijo tendré; lo dice la esperanza.»
Sobre el lecho inclinose, y en silencio
Cubrió la frente del dolor rendida
Con beso maternal mezclado en llanto.
Después salió con paso vacilante
Por la edad y el temor, trémula, inquieta.
Pronto volvió ligera y anhelosa,
Gritando desde lejos: -«Hijo mío,
Ya vivirás.» Sentose junto al lecho;
Tras ella sonriendo entró un anciano
Y una virgen después, en cuya frente
Mostró el rubor su púrpura divina.
Hacia el lecho miró, y el insensato
Ocultó tembloroso la cabeza.
Mas ella dijo: -«Amigo, de las danzas

Hace tres días que tu ausencia advierto;
¿Por qué morirte quieres? Tú padeces,
Dicen que sola yo puedo curarte...



Vive y una familia formaremos,
Y tú padre tendrás, tu madre, hija.»
Santander, 8 de diciembre de 1875.

Neera

Idilio de Andrés Chénier

Mais telle qu'à sa mort, pour la dernière fois...

.....

Como en su muerte, por la vez postrera,
El cisne gime y falleciente entona
Dulce cantar al despedir la vida;
Pálida así, y en la mirada triste
Sombra funesta, desplegó sus labios
La ninfa, y dijo con susurro leve:

«¡Oh del Sebeto náyades ligeras,
Cortad las trenzas sobre mi sepulcro!
Clinias, adiós; no volverá tu amada.
¡Cielo, mar, tierra, valles y torrentes,
Flores y bosques y repuestas grutas,
Traed continuo a su memoria el nombre
De Neera, su bien y sus amores;
De su Neera, que por él la casa
Dejara de su madre, y fugitiva
De ciudad en ciudad errante anduvo,
Sin atreverse a levantar los ojos
Delante de los hombres. Ora el astro
De los gemelos de la hermosa Elena
En el jónico mar tu nave guíe;
Ora de Pesto en el vergel lozano
Dos veces en el año frescas rosas
Corte tu mano por tejer coronas,



Si a la puesta del sol vaga tristeza
Mezclada de dulzura tu alma siente,
Llámame, Clinias; estaré a tu lado,
O tras ti volaré; mi espíritu errante
Gemirá entre las hojas de los bosques,
Descenderá en el seno de las nubes,
Llevaranle los vientos en sus alas,
O brotará de la marina espuma.
Como centella surcará los aires,
Leve cual sueño, sin cesar volando,
Y siempre tierno y amoroso siempre,
Mi acento blando halagará tu oído.»
Santander, 8 de julio de 1876.

La joven cautiva

Oda de Andrés Chénier escrita en la prisión de San Lázaro

L'epi naissant mrit, de la faux respecté...

«Sazónase la espiga,

Respétala la hoz;

No teme al viñadero

El pámpano lozano,

Y bebe del rocío

Dulce y sabroso frío

Que suave templea el estival calor.

»Yo, hermosa cual la espiga,

joven como la vid,

Aunque es mi vida triste,

De penas agitada,

Y siempre abrumadoras



Pasan mis largas horas,
Aun no quiero morir.

»Que con enjutos ojos
Y con serena faz
Caiga el estoico altivo
En brazos de la muerte;
Yo espero, y mi quebranto
Consuelo con el llanto,
Y la cabeza doblo
Si ruge el huracán.

»Levántola si pasa
Su soplo destructor;
Que si hay amargos días
También hay dulces horas;
¿Qué miel tras su dulzura
No deja la amargura?
¿Qué mar nunca ha sentido
Del Bóreas el furor?

»Mora en mi blando seno
Fecunda la ilusión;
En vano de una cárcel
Los muros me detienen;
Dame alas la esperanza,
Cual ruiseñor se lanza
Ya libre de las redes
Del fiero cazador.

»¿Por qué inocente debo
Tan joven, ¡ay!, morir?
Tranquila yo me duermo,
Despiértome tranquila;



Ni en sueño ni en vigilia
Con agudo tormento
Viene el remordimiento
Mi corazón a herir.

»Vanse los ojos todos
De verme el parabién,
Cuando abandono el lecho
Al despuntar el día,
Y en esta mansión lúgubre
Mi aspecto sonriente
Serena toda frente
Que abate el padecer.

»De este camino hermoso
Lejos estoy del fin;
Apenas he pasado.
Los árboles primeros;
Apenas he tocado
La copa centelleante,
Sentada un solo instante
De la vida al festín.

»Estoy en primavera,
Quiero las mieses ver,
Quiero como los años
Seguir mis estaciones,
Quiero acabar el día,
Vi sólo el alba hermosa,
Soy cual la blanca rosa
Adorno del vergel.

»Espera, negra muerte,



Aléjate de mí;
Hierre al triste que gime
De espanto y de vergüenza;
A mí el Amor me ofrece
jardines deleitosos
Y cantos armoniosos;
Aun no quiero morir.»

Así burlando el tedio
De mis pesados días,
Mi lira resonaba
La voz de una cautiva,

Y las amables quejas
De su boca sencilla
Al yugo de los versos
Mi labio sometía.

Testigos armoniosos
De mi prisión prolija,
Al estudioso amante
De dulces armonías
Harán tal vez que inquiera
Quién la beldad sería.
En su voz y en su frente
La gracia sonreía,
Y cual ella, temieron
Ver acabar su vida
Aquellos que vivieron
Cerca de la Cautiva.
Santander, 10 de diciembre de 1875.

Imitación del Himno a Grecia de Lord Byron
(Canto III del D. Juan)



The isles of Greece, the isles of Greece...

Cícladas islas de la hermosa Grecia
Que el mar Egeo con sus ondas baña,
Donde surgiera la materna Delos,
Cuna de Apolo.

La ardiente Safo, del amor maestra,
En vuestras playas su laúd tañía;
Aquí de Alceo resonó el divino
Plácido canto.

De vuestros campos en la verde alfombra
Manto de flores primavera tiende;
Aún lanza Febo sobre vuestras cumbres
Vívido rayo.

Todo se eclipsa menos vuestra gloria;
El bronce muere, y se deshace el mármol,
Mas queda el nombre del varón guerrero,
Prole de Marte.

Queda de Lesbos la armoniosa lira,
La voz sublime del Esmírneo ciego,
Y del de Teyo donairoso anciano
Cítara blanda.

Allende el ponto, cuyas iras doman,
Del vago viento en las veloces alas,
De donde nace a donde muere el día
Vuelan sus cantos.

Desde la cima del erguido monte
De Maratón descubriréis el llano,



Y allá... más lejos... el hinchado golfo
De Salamina.

En otro tiempo, sobre aquesta roca,
Un rey de reyes contempló altanero
El hondo mar que ante sus pies hervía
Lleno de naves.

Las ondas cubre innumerable armada,
Llena los campos multitud guerrera,
Hombres sin cuento, de su voz pendientes,
Callan atónitos.

Contolos Jerjes al brillar la Aurora,
Contolos luego al expirar la tarde;
Millones eran al rayar el día,
Ni uno a la noche.

¿Dónde los fuertes, los guerreros dónde,
Que amenazaban dominar la tierra?
El eco sólo responderle pudo
Ronco gimiendo.

¿Dónde hoy, oh patria, tus preclaros hijos
Armipotentes en la lid sañuda?
¿Por qué no suena en las tendidas playas
Grito de guerra?

Yace en el polvo la olvidada lira,
Y ya no late el corazón robusto;
¿Cuándo de gloria y libertad el himno
Libre resuena?



¡Ay! ¿Qué me resta en mi dolor inmenso?
Llanto y vergüenza por la patria esclava,
Bañad en lloro las que a Grecia oprimen
Duras cadenas.

¡Ah, ni vergüenza en vuestra faz, ni lloro!
Descubre, ¡oh tierra! tu profundo seno,
Y tres siquier de los trescientos brota...
Tres Espartanos...

Como el fragor de los torrentes zumba
El de las sombras vigoroso grito:
«Alzad vosotros la dormida frente...
Uno tan sólo...»

Todos calláis. -Nuevos cantares suenen,
Llenad las copas de espumante néctar,
Bélicos himnos el feroz entone
Tártaro errante.

¿En vuestra afrenta dormiréis tenaces?
¿Por qué no suena el belicoso canto?
¿Por qué no emprende la falange altiva
Pírrica danza?

Para fijar el pensamiento alado,
Cadmo inventó los perennales signos;
De los Argivos conserváis las letras,
No sus laureles.

Llenad las copas de espumante néctar,
Bebed de Samos el ardiente vino,
Que Anacreonte celebrara un día
Plácidamente.



Cantó Anacreón el amor y el vino,
Cual del tirano Policrates siervo;
Mas era heleno Policrates; cuna
Díerale Samos.

¡Del Quersoneso vengador tirano,
Rompe los hierros que nos ligan hora;
Cargue tu brazo la pesada lanza,
Fuerte Milciades!

Llenad las copas de espumante vino;
Allá en las rocas de la antigua Suli
Quedan los restos de potente raza
Siempre guerrera.

Quizá hallaremos entre aquellos bravos
Quien nos conduzca a la tremenda liza,
Y tinto en sangre el fulminante hierro
Lleve al combate.

No de los francos esperéis la ayuda,
Que reyes tienen de venales almas;
Libres os hagan, para siempre libres,
Vuestros aceros.

Llenad las copas de espumante vino,
Vírgenes dancen en la selva umbría;
Yo admiro el brillo de sus negros ojos,
Nidos de amores.

Mas ¡ay! ¿será que tan hermosos pechos
Deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
Férrea cadena?



Conducidme a los mármoles de Sunio,
Donde acompañen mi gemir las ondas;
Yo entonaré, cual moribundo cisne,
Canto süave.

Nunca esta tierra habitarán esclavos,
Arme las diestras el fulmíneo acero,
Caiga en pedazos, de espumante vino
Rota la copa.

A Venus

Oda portuguesa de Francisco Manuel (Filinto)

Si ofrecí a tu deidad, piadosa Venus,
El corazón cautivo en lazos de oro;
Si lágrimas de amor, madre y señora,
Derramé en tus altares;

Si fiel esclavo, en tu sonoro templo,
Entoné sin cesar himnos alados,
Entre fragantes vaporosas nubes
De quemados aromas;

Si en otro tiempo descendiste afable
Con alma risa, halagadora y blanda,
A consolar en un divino beso
Tus fieles amadores;

Acuérdate del hijo de Ciniras,
Por quien las selvas sin cesar corríste.
¡Oh cuántas veces, al vibrar su arco,



Se estremeció tu pecho!

Del Simois hablen los piadosos olmos,
Que encorvados sus ramas enlazaban
Para ocultar los férvidos abrazos
Del bienhadado Anquises.

Vio sin cendal el Fribio tu belleza;
A Anacreonte la vocal paloma,

En galardón de un himno, le cediste,
Cual voluntaria sierva.

Y yo que desde antiguo busco amante
En tu marmórea, inmóvil escultura,
Tu dulce hablar y movimiento airoso,
La lumbre de tu vista;

Yo que a tu hijo y a su arpón agudo
Di sin recelo desarmado el pecho;
Yo que a tus ninfas de mi eolia lira
Cedí todas las cuerdas,

¿Por qué no logro descubrir tus formas,
Cual en Pafos te muestras, cuando en torno
Del cinto poderoso te sonrín
Las mal ceñidas Gracias?

Mas, ¿no soy digno...? Acreceré mis dones,
Suspendere en tu templo ricos votos,
Y escribiré en sus postes inmortales:
«Esclavitud eterna.»

Doblando las rodillas, importuno



Tu mente ablandaré. Que así fue digno
Ese escultor rebelde a tus caricias,
Cuando te oró postrado,

Que olvidada del loco menosprecio
Aliento dieses a su mármol frío...
Y se animó la piedra... azules venas
Entre la piel resaltan;

La boca se enrojece, arden los ojos,
Se encorva y mueve el bien torneado brazo;
De la lengua la voz atropellada
Anuncia al fin la vida.

¡Yo devaneo! El dardo enrojecido,
Que Eros divino en mis entrañas clava,
En lágrimas de míseros amantes
Templado le tenía...

¡Venus, Venus! ¡Oh Diosa de ternura,
De blanda compasión perenne fuente,
Señora de benévolas florestas,
De enamoradas sombras!

Desciende a mí de las olimpicas sedes,
Hazme feliz con tu divino acento,

Con tu presencia endiosa, dulce madre,
A este tu ardiente siervo.

No temas la sonrisa maliciosa
De las otras deidades. Si la temes,
Transfórmate en Anarda; por Ciprina
Suele tenerla el orbe.



Ella tiene las áureas muelles trenzas
Que Adonis tantas veces por los bosques
Te coronó con húmedas verbenas
Y bien olientes flores...

Dame que pueda, en tu disfraz iluso,
De sus labios beber la amante risa,
Y a las púdicas rosas de su cara
Llegar mi ardiente boca...

Pero, ¿qué extraño son se oye en el templo?...
¡Qué encanto en mis sentidos...! ¡Ya las aras
Mayor perfume espiran! ¡Alto asombro!
Más clara arde la llama.

Fausto signo las aras alborozas,
Huyen del cielo las pesadas nieblas,
El sol enciende en llama auri-rosada
El festivo horizonte.
Los prados se ornan de matiz extraño,
Nueva esmeralda cubre las campiñas,
Y los troncos arrojan nuevas flores
Por la copada rama.

La puerta resonó del alto Olimpo
Sobre el bruñido quicio bipatente;
Las columnas descubro de diamante,
Los solios de carbuncho.

Los Dioses, asentados, radiantes,
La atención inmortal con gusto inclinan
A la célica voz; la vista tienden



Al subyacente mundo...

Y llénanse los atrios, las arcadas;
Mil enjambres de alígeros Cupidos,
Flóreos arcos trabando, el aire rasgan
Abriendo alegre corte.

Por entre ellos, en rápidas coreas,
Los juegos, los Amores van pasando,

Van las palomas y la concha leve
De la bella Erycina...

Sobre nosotros cae ardiente lluvia;
Amorosas centellas nos encienden,
Y por el seno van arrebatadas,
A calentar la sangre.

¡Qué vivida influencia omniparente
Se esparce y baja de la madre Tierra
A las entrañas! ¡Cómo hierve y bulle
Innúmero progenie!

Retumban en las hondas oficinas
Ecos gustosos de nacientes almas,
Que nuevos cuerpos a animar concurren;
Doquier corre la vida.

En las pendientes ramas balanceadas
Las tiernas aves, enlazando el pico,
Presienten en los trémulos arrullos
Los cercanos placeres.

Con auri-verdes colas escamosas



Cortando los Tritones las oleadas,
Tras las dulces Nereidas se arrebatan
En concertados grupos.

Los hirsutos caprípedos Silvanos,
Alzadas las corníferas orejas,
La vista ardida, descompuesto el paso,
Se pierden por las selvas.

Prestas huid de su tenaz deseo,
Oh Ninfas que los miembros de alabastro
Bañáis en la onda pura, o a su vista
Tejéis ligera danza...

Con saeta sutil humedecida
En miel de Himeto, en Acidalia fuente,
Embébase en mis férvidas entrañas
Insólita locura...

Ya desciende hacia mí buscando tierra
La cipria concha... Amor, que afable me oigas...
Venus, en mi acatar, no en mis palabras,
Ve mi santo respeto.

Jove a tus votos siempre amigo sea;
¡Ah!, nunca Adonis, nunca Marte fríos...

Nunca el sol vengativo te descubra
Mal robados deleites...
Lisboa, septiembre de 1.876.

La noche
Oda portuguesa de Francisco Manuel (Filinto)



Diosa que esparces por la etérea zona
En mudo carro de ébano bruñido
Las sombras reposadas, los amores,
El furtivo decoro;

Tú que acompañas como fiel amiga
En dulce cita al anheloso amante,
Y con tejido velo encubres robos
De divinos placeres;

Tú que las leyes del Amor y Venus,
Por quien revive sin cesar Natura,
Benigna extiendes en los áureos techos,
En los callados bosques,

Y pides a los astros más propicios
Un débil rayo de modesta lumbre,
Con que los lirios del intacto seno
Tímida entrever dejas;

Oye, señora, los murmullos gratos
De mil amantes que por ti felices
Redoblan tu loor, pues tierno amparo
Siempre en tu sombra encuentran.

Escucha el son de la corriente rauda,
Que con sus dulces ayes inflamada,
Nuevo Alfeo, camina sin reposo
Al seno de Aretusa.

Son más dulces de noche y halagüeñas
Las caricias de amor. La luz patente
Del sol apaga el gusto; a los deleites



Pone el pudor mil trabas.

Mas la Ninfa que ve en el ancho cielo
Aquí Leda, allí Io, allá Calixto,
Y el cortejo de estrellas con que Jove
Honra a la Inachia virgen;

Que cual ella, en los montes, cabe el río,
Otro tiempo esos astros se humanaron,
Y contempla los troncos que convidan
Con sus trémulas hojas,

Toma a Leda o Calixto por modelo,
Cierra al recato la molesta boca,
Y con la misma mano, de su amante
Leda acaricia el rostro.

¡Noche mejor que el día! ¿quién no te ama?
¿Quién no vive tranquilo en tu regazo,
Y lanza alegre de los lasos miembros
El fatigoso día?

Tú das vida al vergel con tu süave
Prolífico rocío; la alba rosa,
El lirio que doblara el sol ardiente
Elevan sus corolas;

Las penas y cuidados insaciables
Que el corazón remuerden como abrojos,
De la ambición el perennal tormento,
Potro cruel del alma,

Cuando desciende el Sueño que a tu lado



Tardo dirige de ébano su coche,
Y derrama en los aires el aroma
De plácido sosiego,

Abandonando van con mansedumbre
Los instrumentos de hórrido suplicio
Con que afligen en vida al miserable
Que lanzarlos no osa,

Que por no despreciar honra y riqueza,
Es en terrena vida miserable
Baldón de la fortuna, vil cautivo
Del insolente orgullo.

Ven a tender sobre mi lecho, oh Numen,
Con mano amiga el manto de reposo
Negado a camas regias, y a artesones
De pérsicos tiranos;

Ven y consuela del rigor del hado
Y de la lengua de la envidia al vate,
Que en el bien trabajó de sus hermanos,
La virtud enseñando.

Recógele en tu seno; soplo lene

Su frente anime y su semblante rojo
Con la llama que extiende por sus venas
Apolo embravecido.
Lisboa, octubre de 1876.

Mis cantares
Oda catalana de Rubió y Ors



Si ab mos cantars senzills, o patria mia...

Si en mi cantar sencillo, dulce patria,
Tierra sagrada do mi humilde cuna
Arrulló al triste son de sus baladas
Mi madre con amor;

Si en canto lemosín pudiera un día
Retejer tu corona que hoja a hoja
Dispersó por tus fértiles llanuras
El secular rigor:

Del antiguo juglar la lira muda
Arrancaré de su húmedo sepulcro,
Y al genio que llorando entre sus losas
Aun vaga, invocaré.

Y despertando las que el mundo admira
Sombras sagradas de perenne gloria,
De tus condes y reyes las famosas
Batallas cantaré.

Joven, oh patria, soy; mi mano tiembla
De Marchs y Jordis al pulsar el arpa,
De Cabestany el arpa en que de oro
La cigarra brilló;

Joven soy, mas del nombre laetano
El recuerdo inmortal arde en mi mente,
Y lo que en años falta, en patrio fuego
Mi pecho atesoró;



Duro el canto será; sin armonía
Saltarán de mi pecho ardientes sonos,
Cual chocando el acero enrojecido
Chispas brillantes da;

Mas no los tacharéis de bastardía,
Pues serán, aunque duros, lemosines,
Ricos de fe y amor y de gloriosas
Memorias de otra edad.

Libres serán cual águila en su vuelo,
Altivos cual los montes que sus crestas
Elevan hasta el cielo, y que la nieve
De mil años ciñó;

No en resonantes bóvedas erguidas
En ligeras columnas de oro y mármol
Darán venal laurel al que tan sólo
Desprecio mereció.

Ni temas, patria, que en cantar alegre
Tus lágrimas insulte de viudeza,
Ni de los que tu cetro destrozaron
Recuerde a la vil grey.

Deme su fuego el laetano genio
Para cantar al mundo la alta gloria
De los que le impusieron algún día
Su dialecto y su ley.

Infúndanme su aliento los felibres
Desde el marmóreo lecho do reposan,
Y en dulce lemosín, pues es la lengua
En que ruego al Señor,



Cantaré tus grandezas, Cataluña,
Tus condes y guerreros que en la arena
El pendón arrastraron de Mahoma,
Sarraceno traidor.

Cantaré al paladín que en las orillas
Del Jordán venerado, que tiñera
El Hombre-Dios con su divina sangre,
Por él su sangre da,

Y al gallardo doncel que ágil de planta,
Pendiente el arpa atrás que al viento gime,
Bajo el balcón dorado de su niña
Su trova a cantar va.

Y cantaré el amor y sus dulzuras,
Y de los montes las hermosas hijas,
De cuerpo más airoso que urna griega,
Más que la intacta flor;

Pues no siempre resuena en los palacios,
Ni en góticos castillos ni en ciudades,
Sino también en la cabaña humilde,
La voz del trovador. [173]

Oda a Barcelona

Traducida del catalán, de D. Joaquín Rubió y Ors

... y han escrito algunos, y entre ellos un grande estrellero
llamado Rafael, en su Judiciario, afirmando que esta ciudad fue
edificada en constelación feliz, y que su fortuna y prosperidad se
extiende a fecundidad de generación natural, a larga sabiduría, a



riqueza y honores temporales...

Sentada en una plana,
Cual de esmeralda sobre rica alfombra,
Favencia la romana,
A quien prestan, galana,
Su espuma el mar y Monjuich su sombra;

Sobre un mosaico erguida
De oro y verdura do su muro asienta,
En la playa dormida
Que, al besarla atrevida,
La onda marina en rico velo argenta,

Parece reina hermosa,
De su baño al salir medio vestida,
Que contempla gozosa
Su diadema orgullosa
En el cristal que a verse la convida;

Una princesa esclava
Que su hermosura, de soberbia llena,
Mirando en la onda brava,
No se acuerda que traba
La nieve de su pie férrea cadena.

Aparta, Barcelona,
La vista de ese mar que tus pies baña;
Si ves noble matrona
Con la condal corona,
No la creas, ¡ah! no, la onda te engaña;

Mas si te miras bella,



No miente, no, tu espejo, ciudad mía,
Que puede una doncella,
Gentil como una estrella,
Ser hoy esclava, aunque fue reina un día.

Gentil aun eres, Favencia,
Pues te dejó la fortuna
Tu mar que argenta la luna,
Tu fértil dorado suelo,
Y un dosel rico de estrellas

Para tus noches hermosas,
Más gratas y deleitosas
Cuanto más crece tu duelo.

Ella a tus pies ha extendido,
Ciudad, para engalanarte,
Una alfombra do sentarte,
Bordada de mil colores,
Y una mar que alegre juegue
Para mojarate atrevida,
Y en su espuma destejida
Te haga velos de vapores.

Aun eres encantadora
Con tus cien torres que pinta
El sol, de rojiza tinta
Sobre el fondo azul del cielo;
Altos montes por guardarte
Del viento helado te ciñen,
Y hienden para mirarte
De nubes el negro velo.

Mas ¡ay! que tu adversa suerte,



Oh Condesa sin corona,
Más que en belleza te endona
En grandeza te ha robado,
Y tu ángel y tu estrella
Ya no protegen tus muros,
Porque se ha eclipsado aquella
Y al cielo el ángel tornado.

¿Guardar tu famoso alcázar
De qué te sirve, señora,
Si no conservas ahora
Áureo trono, excelsos reyes?
¿Por qué ya de los Usatges
El código no perece,
Si ningún pueblo obedece
Tus casi olvidadas leyes?

En un tiempo las ciudades
Por tus hijos domeñadas,
A tus pies arrodilladas
En serial de vasallaje,
A más de su lanza y cetro,
De su blasón y bandera,
Pusieron, ciudad guerrera,
Sus puertas en homenaje.

En un tiempo, libre y fuerte,
Del mar el cetro regías,
Y cual Venecia tenías,
Un ciudadano senado,
Sin duxes que conspirasen
Para usurpar sus gramallas,
Sin puñales que guardasen



La libertad del Estado.

Antes, del mar al alzarse
Alegre el sol te miraba,
Con tristeza, al ocultarse;
Hoy te mira, tras la cumbre,
Viendo que sólo una urna
De nobles recuerdos llena,
Medio perdida en la arena,
Baña su radiante lumbre.

.....

Ya no salen las hermosas
A las góticas ventanas
A contemplar ruborosas
Al joven doncel galán,
Que por los huecos miraba
De la rajada visera,
Haciendo ondear su bandera,
Sobre tostado alazán.

Ya la plaza, Barcelona,
Do celebrabas tus fiestas,
Siglos ha que no resuena
Del rey de armas al clamor,
Del rey de armas que aclamaba
A la reina de las bellas
Y con gritos excitaba
Al fiero mantenedor.

De los torneos que un día
Festearon tus victorias,
Vese sólo en las historias
Algún recuerdo brillar,



Pues tus paladines duermen
En góticas sepulturas,
Cúbrenles sus armaduras,
Cual si aun quisiesen lidiar.

Reina del mar, tus galeras
El mar las ha consumido;
Rasgó el viento las banderas
Que acatara todo rey;
Ni tienes Rogers de Lloria
Contra enemigas armadas,
Ni Erils, Entenzas, Moncadas
Dan a cien pueblos tu ley.

¿Qué dirías a tus padres
Que el mundo de gloria hincheron
Y en sangre mora tiñeron
Las ondas del Llobregat,
Si alzados de sus sepulcros
Hoy te pidiesen, Favencía,
Cuentas de la rica herencia
Que atesorara otra edad?

Tú, que hasta la dulce lengua
Que tus poetas usaron,
Y en que a Dios y al rey hablaron
Cien varones de alta prez,
Has, ingrata, despreciado
Cual desprecia una doncella
El velo que, según ella,
No orna bien su nívea tez.

Y sin quejarte sufriste
Que bastardos maldecidos,



En hora mala nacidos
Tu gloria para manchar,
Los mármoles destrozasen
Del sepulcro de tus condes,
Y de tus Jaimes osasen
Las cenizas aventar.

Álzate, Barcelona;
Harto estuviste sierva y humillada;
Mira que una corona
Grande cual la pasada
Tal vez te guarda el cielo en regio don;
Sal ya de tu apatía;
Mira que nuestros hijos con severa
Voz te dirán un día:
«¿Qué fue de tu bandera?
¿Dó tus guerreros, dó tus reyes son?»

¿Dó están de nuestros padres
El patrio amor, la noble fortaleza;
Dó los códigos sabios
Que para tu grandeza
Más pueblos conquistaron que el rigor?
¿Qué fue, segunda Roma,
De tus blasones, arsenales, fustas;
Qué has hecho de tu idioma,
De tus florales justas,
Del arpa y el cantar del trovador?»

Y tú, ciudad gloriosa,
Cual soldado que mientras galanteaba
A su doncella hermosa



Y trovas le cantaba
Su ponderosa lanza abandonó,
Así, de rubor llena,
Dirás tal vez en medio a tu amargura,
Mostrando la cadena
De tu esclavitud dura:
«Sólo esto de mis glorias me restó...»

Álzate, Barcelona;
De nuevo ocupa del saber el ara;
Recobra tu corona,
Pues aun por dicha rara
A tus patronos reverencia das;
Recuerda tu grandeza,
Y tu gloria recuerda ya eclipsada,
Y torne con presteza
La edad afortunada
De Pedros, Cabestanys y Berguedás.

Y como al sol aclama
El universo, rey de las estrellas,
Porque en rayos de llama
Y en fúlgidas centellas
Les da fuego, hermosura y resplandor,
Otra vez admirada
Su reina así te aclamará la tierra,
Y no porque domada
La tengas en la guerra,
Cual la tuviste en otra edad mejor.

Sino porque las ondas
Cortando tus carenas,
Cual corta el pez los líquidos cristales,



Irán a otras regiones,
De tus riquezas llenas,
Trayendo en cambio fúlgidos metales.

Y sabios ciudadanos
Producirás al mundo,
Que aun admira la gloria y la grandeza
De aquellos laetanos
En armas invencibles,
Grandes por su saber y fortaleza.

Y de nuevo extasiada
La tierra al son del arpa
Que los Marchs y los Jordis te legaron,
Del arpa que olvidada
Tus hijos ¡oh vergüenza!
En sus sepulcros húmedos dejaron,

Caerá a tus pies, Condesa,
Como a los pies un joven
Cae de la niña, de su amor señora,
Y tendrás, cual princesa
Del saber y los versos,
Altars desde Ocaso hasta la Aurora.

Y cuando en voz severa
Nuestros hijos pregunten:
«¿Qué fue de tu armadura y tus blasones?»
Mostrando la bandera
En que brillan las barras
Al lado de las torres y leones,

Decir podrás entonces:



«Ya colgué la armadura,
Que el tiempo de mis guerras ha pasado,
Y confié a la bravura
Del León la custodia
De mi escudo con sangre blasonado.»
Santander, 1º de agosto de 1876.



HUMANISMO QUE TRANSFORMA